

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 1 de LA MODA.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

1872. — TOMO XXXIX.

Administración general y Redacción : Passage Saunier, número 4, en Paris.

AÑO 31. — N° 990.



EL PRÍNCIPE DE GALES.

SUMARIO.

El príncipe de Gales; grabado. — **Discurso del señor Cánovas del Castillo, en el Ateneo de Madrid.** — **Francia pintoresca;** grabados. — **Revista de París.** — **Un viaje de vieja,** por Manuel Concha. — **Los prisioneros de la Commune en Versalles;** grabado. — **La caza de búfalos en el ferrocarril del Pacífico;** grabado. — **Bernabé Rudge,** novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — **La caza, actualidades por Cham;** grabados. — **¿Qué hará de ello?** — Manuel Pardo, candidato á la presidencia de la República peruana; grabado. — **Problemas de ajedrez;** grabado. — **Medalla regalada á sir Ricardo Wallace, por la alcaldía del IX distrito de París;** grabado.

El príncipe de Gales.

El príncipe de Gales, atacado de la misma enfermedad que llevó al sepulcro á su padre, ha estado en estos días en una situación desesperada.

Parece ser que esta enfermedad ha sido provocada por una alegre estancia en el palacio de Scarborough, en numerosa y noble compañía, del 30 de octubre al 4 de noviembre.

Con efecto, nueve días después de haber dejado la mansión de lord Londesborough, el príncipe al volver de su casa experimentó los primeros síntomas de una fiebre tifoidea.

Diez convidados de los que estuvieron con el príncipe en el palacio de Scarborough, se sintieron también indispuestos, y la señora de la casa debió guardar cama más de una semana. Lord Chesterfield enfermó como el príncipe, murió. No se necesitaba más para conmover á toda la Inglaterra. Desde aquel momento, un solo suceso, la enfermedad del heredero de la corona, dominó todas las preocupaciones.

La princesa Alice, la hermana de caridad de la familia, se constituyó en enfermera de su hermano, como lo fué de su hermana Elena y de su padre el príncipe Alberto, y cumple sin descanso esta misión que se dió en compañía de su madre y su cuñada.

El príncipe de Gales, Alberto Eduardo, nació el 9 de noviembre de 1841 y tiene los títulos de duque de Cornwall y Rosthesay, de conde de Chester, de Carriick y de Dublin, de baron de Renfrew, de lord de las Islas y de gran Steward de Escocia.

Es el segundo de los nueve hijos de la reina de Inglaterra. Su hermana primogénita, la princesa Victoria, casó en 1858 con el príncipe Federico Guillermo de Prusia.

El príncipe de Gales se casó el 10 de marzo de 1863 con la princesa Alejandra, hija del rey Christian IX de Dinamarca, y ha tenido tres hijos: Alberto, nacido el 8 de enero de 1864, Jorge, nacido el 3 de junio de 1865 y Lucia, nacida el 20 de febrero de 1867.

Damos su retrato en la primera página de este número, y concluimos diciendo que todas las inquietudes han cesado ya y que hoy se considera que el príncipe de Gales ha entrado en vía de restablecimiento.

V E. M.

Discurso

PRONUNCIADO POR EL EXCMO. SEÑOR DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO EL DÍA 25 DE NOVIEMBRE DE 1871, EN EL ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO DE MADRID, CON MOTIVO DE LA APERTURA DE SUS CÁTEDRAS.

Señores:

Muy grande es el placer que experimento al consignar, por exordio de este discurso, que durante el año transcurrido desde que por primera vez abrí sus cátedras ha continuado siendo el Ateneo no menos digno de sus antecedentes que de la estimación que hoy disfruta. Las graves preocupaciones que inspiraban un año há mis palabras debieron ser compartidas por sus profesores y sus socios más asiduos, cuando tal y tan eficaz atención han prestado después, lo mismo en las secciones que en las cátedras, á los peculiares problemas de nuestra época, sin desatender por eso las fundamentales y serenas especulaciones que son igualmente propias de todos los siglos. Con verdad como con satisfacción podemos decir que se ha disertado y discutido aquí este año sobre cuanto preocupa y cuanto entristece ó alegra ahora á la generalidad de los hombres.

Muchas de las fáciles predicciones de mi anterior discurso se ven ya cumplidas. Rendida está la Francia, restaurado el imperio germánico, y aquella edad que sucedió á la intitulada Edad media, ostentando el título de Moderna desde el siglo XV hasta ahora, puede darse por terminada. De hoy más, las dulces costas mediterráneas, cunas de los señores y maestros del mundo antiguo, ya helénicos, ya itálicos, y que tan amplios caminos de gloria abrieron luego á España ó Francia, del renacimiento acá preponderantes, sus-

tentarán solo pueblos decaídos, quedando por largo tiempo á cargo de las del grande Océano, el Báltico y el Mar Negro, proveer de vencedores, de dominadores, de primeros personajes á la historia. Y ni siquiera, cual en los días de Alarico, necesitan ya los hijos del Elba ó del Rhin cambiar de patria para extender su imperio, exponiéndose á ser conquistados por los vencidos, como sus antepasados lo fueron.

Los últimos acontecimientos han dado lugar á que el organismo del género humano, bien poco diferente en su esencia, desde la formación de los reinos y repúblicas griegas hasta ahora, experimente así en sus formas como en la distribución de sus fuerzas una modificación durable y honda. Básase tal organismo en la histórica existencia de las naciones, las cuales constituyen la mayor sociedad y la más extensa familia, y la más poderosa y respetable persona jurídica, que el hombre, produzca ó cree, al propio tiempo que establecen una división geográfica y natural del inmenso trabajo humano. Dentro luego de cada nación, aparece dicho organismo envuelto en las formas complejas y distintas que recibe la indispensable y común institución del Estado. Y claro es, señores, que tamañas alteraciones como todo esto acaba de experimentar en Europa, tenían que estimular, ya que no engendrar por sí solas, cual en otras parecidas ocasiones, movimientos, tanto y más graves, en la totalidad y en las profundidades del orden social. Han venido así á juntarse, por consiguiente, difícilísimos problemas sociales con las cuestiones políticas harto complicadas ya de la edad presente, acrecentando por todo extremo la confusión y la alarma.

Puestos por tierra los más de los antiguos tronos latinos, abolido el poder temporal de los papas, desbaratado el imperio francés, y nuevamente alzado el germánico, de esperar era, en verdad, que suspendiese la Providencia sus duras lecciones; y lejos de eso, las guardaba más ásperas. Pero, ¿á qué referirlas menudamente, cuando todos por igual las conocemos? Ya el año pasado anticipé aquí la idea de que la grave crisis que estaba atravesando la Europa, por causa de la guerra pendiente entre Alemania y Francia, consumaría el descrédito del sistema político que impulsaron los revolucionarios de 1789 á su nación, y tomó de allí el resto de la gente latina; y por cierto que no me desmienten los hechos. Baste, no obstante, con recordar ahora, que mientras luchaban entre sí desigualmente los más fuertes de los Estados, los más belicosos de los soberanos, los más acreditados de los ejércitos de la tierra, la demagogia comunista, natural é irreconciliable enemiga de todo Estado, de toda soberanía, de todo ejército, como de cualquiera agrupación ó fuerza disciplinada, ha logrado otra vez cambiar sus tenebrosos antros por la luz del sol, ofreciéndose á nuestra vista con más siniestro aspecto aun, que en 1848 presentara. Las huellas todavía humeantes de sus pasos en esta nueva jornada, más son para olvidadas con horror, que no para motivar artificiosos rasgos retóricos, por lo cual, paréceme que sin más detención debo seguir adelante.

Desechad, señores, la sospecha si, contra mi voluntad, la infunden tales palabras, de que sea yo de aquellos á quienes confunda ó espanta la contemplación de los sucesos contemporáneos. No: yo no soy pesimista; que para ello sería menester que no confiase tanto cuanto confío en la intervención de la Providencia en la historia, y no siendo pesimista, de nada debo especulativamente espantarme. Para mí todo tiene en el tiempo su razón manifiesta ó latente; y todo espero que á la postre ha de servir para mejorar en esta vida la suerte de los hombres y hacerles ganar el bien eterno. Impensados, y dolorosos, y grandes son muchos de los actuales sucesos, á no dudarlo; pero la historia del humano linaje los ofrece tamaños, que nadie que á fondo la conozca, puede desesperar del porvenir, ni extremar en lo presente su espanto. Mayor que la de los sucesos es la magnitud de los problemas sociales hoy planteados y no resueltos; y como quiera que semejantes, y acaso idénticos, y tanto ó más difíciles los ha hallado ya y resuelto la especie humana, ni ellos tampoco deben poner miedo en el alma. Pero son muy costosos, engendran sobrados padecimientos y producen harto irreparables yerros los experimentos y tanteos de reforma social, encaminados á un fin quimérico para que sea posible, ni lícito tratar de ellos friamente; y de aquí procede tan solo la vehemencia de algunas de mis frases.

Otros hay, á los cuales, no sin razón seguramente, pudiera maravillarles, y aun espantarles, cuanto pasa: y son aquellos optimistas impenitentes que, no contentos con la certeza del progreso humano, pretenden que la aproximación lenta y siempre distante de la perfección que él determina, se convierta en posesión inmediata, total, absoluta; aquellos que locamente aspiran á tocar con las manos el concepto del bien infinito, realizando aquí abajo el dogma de la salvación en la gloria, que todas las Teodiceas contienen y enseñan; aquellos para los cuales pasaba por axiomático treinta años há, que por causa de su superior civilización material y del indudable crecimiento de goces con que brinda á los hombres, no conocería más el mundo largas guerras, ni conquistas, ni formaciones ó disoluciones de Estados, ni violentas y crueles revoluciones de pueblos cultos; aquellos, por fin, que todavía soñaban, no hay muchos meses, con la armonía de todos los intereses y el bienestar universal. Para tales pensadores, si este nombre merecen, cuanto de entonces acá ha ocurrido, tiene que ser á modo

de negra pesadilla; y bien pudiera causarles también algún remordimiento. Porque no sé si reputaréis paradoja lo que voy á decir; pero yo pienso en puridad, señores, que son los optimistas, ya que no los más malos ciertamente, sin disputa los más peligrosos de los hombres. Llenos de alegres cuanto fútiles pensamientos, y poseídos de esperanzas insustanciales, son ellos los que siembran de ordinario la inútil semilla que produce la mala yerba; ó, cuando no la siembran, la dejan crecer viciosa y lozana, y aun la favorecen con perjuicio de las útiles plantas, que realmente da Dios para el bien.

No cabe buena política, ni puede haber seguro adelanto en las ciencias morales, sin un justo concepto de la vida y de la muerte. Porque lo profesan muy errado los pesimistas, percibiendo solo en el hombre lo malo que tiene, suelen entristecer y aun achicar la vida; mas al cabo y al fin, no la corrompen. Los optimistas, por el contrario, falsificando la naturaleza y el objeto real de la vida, la corrompen primeramente, y mal su grado, la llenan también luego de engaños y, por consiguiente, de tristeza. Fácil me fuera, sin salir de la esfera abstracta y teórica en que, por deber como por voluntad, encierro aquí mi pensamiento, determinar los errores de optimismo, que tanto agravan hoy las endémicas enfermedades del cuerpo social: mas ya que no lo consienta el principal asunto de mi discurso, por lo menos, he de desvanecer cuantos al paso encuentre. Que en suma, señores, ya que se deba huir cuidadosamente del impío pesimismo, por una parte, mas hay que huir, por otra, si cabe, del insolente y superficial optimismo. Para quien seriamente piensa en los grandes y eternos conceptos de Dios y del hombre, del individuo y de la especie, de las naciones y de las razas, del Estado y de sus miembros, de la libertad y de la autoridad, del cuerpo físico y del alma espiritual é inteligente; para quien contempla en su admirable suma y conjunto todos estos varios é irreductibles elementos; que constante y necesariamente tienden y caminan á concertarse en el espacio y el tiempo; para quien dilata su conciencia por las regiones serenas de la verdad indagada, demostrada y elevada á científica, ni uno ni otro falso sistema de estimar la vida puede ó debe tener crédito alguno. Lo que importa descubrir y exponer, no es sino la realidad de las cosas, en general, y aquí especialmente, la de las cosas humanas; la cual realidad, por igual manera desmiente los optimismos que los pesimismos arbitrarios. Mejor que yo lo saben los socios de esta corporación ilustrada; y porque lo saben, han consagrado al estudio de la realidad en el hombre (que es donde mas perspicuamente se revela, como que es donde se siente y confiesa á sí misma), tantas de sus tareas del año último, segun demuestran los temas de sus cursos públicos, y los de sus internas discusiones científicas.

Uno de los más importantes, entre los primeros, ha sido el de *Teodicea popular*, sin duda alguna. Nada hay, señores, que tan pronto y tan vivamente penetre en el entendimiento, si examinamos la realidad con imparcial propósito, cuanto el concepto de Dios, solo ahuyentado de la esfera especulativa, por el rudo materialismo, ó por un idealismo, si rico en formas, hueco en sustancia. Por lo mismo, toda indagación que busque la verdad á un tiempo en el mundo y en la conciencia del hombre; que no suprima hechos internos ni externos; que en vez de negar á ciegos, respete, y de nuevo observe lo que á primera ó á segunda vista no comprenda, conducirá al reconocimiento de Dios necesariamente. Porque sin Dios, distinto del mundo, no tiene explicación racional lo más digno de explicar de la tierra, que es el hombre; aunque solamente se le considere, por el hecho de su voluntad libre y el hecho de su razón, como el mayor de los fenómenos de la naturaleza. No tienen explicación, no, de otra suerte, ni su posible desinterés de las cosas de este mundo, ni su amor al bien por el bien, ni el deber que en sí reconoce de amar y servir al prójimo, ni el imperativo principio de moralidad que surge y se impone en su alma. Mientras el materialismo y el panteísmo no acierten á dar cuenta, sin Dios, de todo esto, y á construir todo esto sin Dios, dentro ó fuera del hombre, la Teodicea será la primera de las ciencias, como hasta aquí ha sido, y el hacer popular la Teodicea, de los mayores servicios que á la confusa humanidad puedan hoy prestarse. Que es conveniente que por la razón aquí se aprenda, como por la fe se enseña en lugares más santos, que sin un Dios libre y absolutamente bueno y justo, todo sistema de moral es arbitrario ó convencional, y por tanto, variable; todo concepto de justicia relativo, y en consecuencia, revocable; toda ley, determinación de poder ó instrumento de fuerza, mas no sanción [de verdaderos deberes; dado que deber significa dependencia de alguien y dependencia por algo, y solo con Dios caben las deudas de la moral, y aun aquellas de derecho que no consisten solamente en el respeto á los externos vínculos de la ley. Por la idea de Dios ha de comenzar pues todo verdadero positivismo y comenzará de seguro cualquiera filosofía, que sinceramente enamorada de la realidad, no se pague de sombras ó fantasmas; que observe mas que imagine; que bien que arranque solo de los hechos patentes ó demostrados, ni olvide ninguno de ellos, ni menos prescindir con culpable premeditación de los mayores. Y para mí esta evidente necesidad de Dios en la vida, basta á demostrar su existencia con igual certidumbre que tienen todos para dar por indubitada la ley de la atracción, desde Newton hasta

ahora, por causa de que solo ella explica satisfactoriamente el orden del sistema planetario y aun el de las moléculas terrestres.

Es sin duda imposible, señores, que como algunos pretendan, reemplaze á Dios en sus funciones dentro del orden moral el espíritu humano, ni aun considerado abstractamente. Porque él, así y todo, es contradictorio, falible, variable; y lo moral y lo justo, si una vez se admiten, por fuerza hay que admitirlos y guardarlos como conceptos idénticos, universales y eternos. Todavía menos podrá sustituirse nunca con la divinización del alma en cada hombre, cual otros intentan, el concepto universal de Dios, puesto que, á despecho de la teoría de lo absoluto inmanente y del optimismo panteista, que es su inmediato engendro, la tendencia al bien y la tendencia al mal libran batallas continuas en el fondo de cada individuo; y lo inmaterial, lo moral, lo bello, se ven allí disputado el campo á todas horas por lo material, lo inmoral y lo feo, triunfando el mal ó el bien en unas personas mismas alternativamente. Y si es verdad, señores, que la libertad del hombre la afirman sus propios errores, no lo es menos que ellos afirman y prueban al tiempo mismo la existencia de algo por separado que no puede errar, como con efecto existe y no yerra. Negar esto último, y de consiguiente á Dios, es negar la realidad de cuanto dentro de sí tiene el hombre para sobreponerse á la imperfección de su propia naturaleza y de cuanto fuera de sí necesita para no contentarse con satisfacer sus gustos ó pasiones individuales, y ejercitar ó hacer ver cuanto tiene de peculiar y excepcional entre los seres. Y en resolución, señores, cuando en las *Lecciones de Teodicea popular* se afirma aquí á Dios, se afirma por de contado, y con eso solo la realidad de todo el orden moral, así como al formular semejante afirmación racionalmente se afirma también la razón; es decir, el poder y la excelencia del libre espíritu del hombre. Tan grande es pues el alcance de la enseñanza de la *Teodicea*; nunca quizá tan oportuna como en los tiempos presentes.

Nadie negará tampoco que sea oportuno el tratar concienzudamente en el Ateneo del Estado y sus relaciones con los derechos individuales y corporativos. El estudio de la naturaleza propia del Estado, la determinación de su esencia durable y de sus atribuciones y formas contingentes, dan hoy día lugar á cuestiones no menos afanosamente planteadas, que constante y profundamente debatidas. Y no hay que tornar la vista dándonos ligeramente por hastiados en cuestiones de cuya diversa apreciación en tanta parte provienen las inquietudes, los peligros y las perturbaciones contemporáneas. Diré aquí mas, aunque no sea ya la vez primera que lo digo, y es que, á medida que la incredulidad y la duda adelantan (mientras vayan adelantando por el mundo), mayor será la necesidad de tal estudio, porque ha de ser también mayor la necesidad de dotar á la humanidad de propios organismos con que se baste á sí misma, en cuanto es posible, durante la ausencia de lo sobrenatural, de lo trascendental, de lo extra-mundano, que nunca será completa, ni muy larga.

Dos distintos aspectos ofrece el Estado, por igual dignos de exámen; pero que rara vez dejan de tratarse separada y parcialmente. Primero hay que mirarlo como asociación natural, impremeditada, inevitable, perenne, que constituyen los hombres con el objeto de poder cumplir todos sus fines legítimos, aunando y concertando sus fuerzas individuales, comunicándose recíprocamente sus ideas y sentimientos, prestándose, por último, constantes servicios mútuos, bien que nunca iguales, porque siempre los hace mayores ó menores la nativa desigualdad de facultades. En segundo lugar, debe ser considerado y estudiado como indispensable instrumento para mantener de tal modo el derecho en todo hombre, que cada uno viva en sí libremente, y libremente aporte á la asociación humana sus fuerzas, sus ideas, sus servicios, coadyubando á la obra común, y obteniendo á cambio en las comunes utilidades tanta porción cuanta corresponda á su capital y merezcan sus obras. Si fueran todos los hombres por naturaleza justos y benéficos, como ordenó cierta Constitución española bien inútilmente, y todavía pretenden los optimistas, solamente bajo el primer aspecto tendríamos que mirar al Estado. Y otro tanto acontecería si aun despues de la dilatación del espíritu del mal por el mundo, la ley de Dios, por todos observada rigurosamente, bastase á contener la tendencia á la usurpación y la injusticia que en todo hombre reside, hasta el punto de que ellas nunca se realizaran.

Siempre, no obstante, ofrecería dificultad en tal hipótesis la exacta determinación de la parte del trabajo humano que toca á los individuos, por estar al alcance de su actividad libre; y de la parte que necesitando esfuerzo colectivo, cabe, sin embargo, ejecutarla con solo el poder de una asociación voluntaria, limitada, pasajera, y de la parte, en fin, que por su magnitud requiere el concurso de aquella asociación por excelencia primordial, natural, histórica, que en cada limitado espacio de territorio representa una distinta nación ó Estado. Mas bien mirado este asunto, es claro, clarísimo, que por utilidad del hombre y por su dignidad misma, todo cuanto individual ó colectivamente pueda él hacer por sí debe hacerlo, sin requerir ni obtener del Estado auxilio ninguno; y no es menos evidente asimismo, que la determinación de los límites del individuo y del Estado, en el caso propuesto, carece de medida ó fórmula absoluta, como que

depende de mil circunstancias relativas y contingentes. Fuera de esto, todo lo demás que se quiere hacer hoy motivo de contienda y de violentas revoluciones, es para mí necesario y eterno en la sociedad humana. Necesarios y eternas en ella son y serán los provechos y los males de la libre concurrencia; forzoso es y será siempre que busque su complemento en la moral y la religión la economía política, si esta nueva ciencia no ha de traer mucho mas daño que provecho al mundo, con su descubrimiento de las leyes matemáticamente inexorables, segun las cuales se crean y reparten los productos entre los hombres.

Pero el desconocimiento de esas imperiosas leyes de la vida en los tiempos presentes, y el choque mas rudo que nunca ahora entre la voluntad de hombre, despenada como río que crece en las grandes lluvias, y los altos diques con que por la naturaleza está encauzada, dan, si cabe, mayor importancia hoy que al aspecto social, al aspecto jurídico del Estado. Y á la verdad, si como asociación por excelencia debe este emplear la fuerza colectiva, de manera que obtenga el mayor beneficio posible para todos los asociados, no está menos obligado como poder ó instrumento de derecho á mantener con aquella fuerza misma á cada uno de los asociados en posesión de su parte y lugar en la tierra; mas esto que al principio parece tan claro, da ocasión precisamente á disputas sin cuento.

Por mas que se haya formado sin previos pactos, desenvolviéndole en todas partes á un tiempo la historia (lo cual demuestra que su existencia no es arbitraria, sino fatalmente derivada del orden providencial de las cosas), imposible es sustraer esta institución del Estado al exámen de su propia esencia y objeto, como no se libra de tal exámen el hombre mismo, obra inmediata de Dios. Y analizando de este modo el Estado, resulta que, además de los dos distintos aspectos ya señalados, y que manifiestan su propia esencia, ofrece el fenómeno de suplir temporalmente cuanto es indispensable y falta en la vida social. Suple, como mera asociación, la flaqueza de los individuos y aun la de las asociaciones parciales y fortuitas; suple, como instrumento jurídico, el sentimiento de la inviolabilidad del derecho, si está ausente en el hombre; suple hasta el sentido moral, cuando individualmente lo pierde alguna generación desventurada; suple, por último, y suplirá siempre que sea preciso los vacíos que dejan el amor al prójimo, la caridad, la piedad, en las naciones abandonadas del estímulo divino. La propia y peculiar esfera del Estado por nada de esto se altera, en verdad, ni deja de poder ser determinada especialmente. Mas siendo, cual es, la mas permanente de las instituciones del hombre y la mejor de las combinaciones de fuerzas, natural es que á su amparo este conserve cuanto atesora en el tiempo, libre de sus propias imprevisiones y prodigalidades en los días de error ó de insania. Y de que sea útil y aun indispensable á las veces la intrusión del Estado en los especiales dominios de la actividad individual, de la religión y de la moral no se deduce, por cierto, que obre dentro en ello de los justos límites del Estado mismo. Lejos de eso, es lo propio de la religión y la moral y lo propio de la actividad humana, el vivir y florecer en esferas independientes del Estado; como que este no es mas que la representación colectiva del hombre activo y religioso y moral, y solo en cuanto se atiene á los deberes de tal representación se halla dentro de su legítima esfera. Al Estado, en suma, perpétuo mayor de edad en la vida, le está por eso mismo confiada, bien sea por la Providencia, como yo pienso, bien sea por la ciega necesidad de las cosas, segun pretenden muchos, no la tutoría de las personas individuales, mas su curatela sí, por tal manera, que aunque carezca de derecho para oprimir ó limitar la legítima libertad de ellas, siempre tendrá de grado ó por fuerza la autoridad que baste para conservarlas en posesión de los bienes valiosos que heredan de sus antepasados ó inmediata y gratuitamente reciben de Dios.

Bien conozco, señores, que me he extendido en estos puntos mucho mas que conviene á mi propósito; y solo espero que me lo perdoneis, porque tal extravío es hijo de nuestras preocupaciones comunes. Han adquirido, por otra parte, tanta importancia práctica los problemas del orden social hoy en día, que cualquiera que sea la atención que se les preste, antes ha de pecar de insuficiente que de sobrada.

No satisfacen ya, segun sabeis, á la escuela igualitaria de estos tiempos, el derecho común y la democracia, es decir, la libre concurrencia, en todos los países latinos establecida ya, para disputar y obtener imperio, honores y bienes de fortuna. No les basta á los novísimos reformadores con que ya no se herede en muchas partes el poder público, ni tampoco se hereden las funciones, las dignidades y los altos lugares del mundo, sino que aspiran á destruir el medio orgánico de la continuidad social, y el único vínculo que reste entre las generaciones sucesivas, para mantener la completa solidaridad humana al través de los siglos; lo único, digo, y siempre el mas indispensable, que es la herencia individual de la tierra. Mal defiende á la herencia y á la propiedad misma esa escuela política y económica, que, contentándose con que la humanidad viva al día, va paulatinamente desterrando del mundo el antiguo y fecundo principio de continuidad ó sucesión, que antes informaba todo el orden social. En lo económico, apenas ha producido otro argumento importante dicha escuela que aquel conocido sofisma de Bastiat, tan enemigo de los ajenos sofis-

mas, por medio del cual intentó demostrar vanamente que el dominio y posesión individual de la tierra la dejaban tan libre, tan inagotable y tan por igual á la mano de todos, como están los inapreciables agentes naturales, que se llaman luz ó aire. La propiedad de la tierra, que en virtud de la herencia prolonga mas allá del sepulcro la familia, y con la familia la patria, y con la patria el orden social todo entero, no puede explicarse ni defenderse por nada actual y pasajero, sino que hay que derivarla por fuerza de lo que es permanente en la vida. Ni la propiedad individual, ni la familia misma, serian ciertamente indispensables para una limitada vida de hombre: donde lo son con evidencia es en la sucesión y proceso de la historia.

Sin elevar, pues, el principio de continuidad y sucesión á la ley fundamental humana, nada se explica satisfactoriamente en el orden civil, y mucho deja de explicarse bien asimismo en el orden político. Con él, por el contrario, hallan al punto razón suficiente la propiedad, y la familia, y la patria, y aun aquella forma del poder político, que en mi opinión lleva á todas ventajas, que es la hereditaria, la monarquía.

Pesando está por desgracia contra esta suprema ley el sentido general de las revoluciones modernas. Reina al presente el deseo egoísta de organizar la sociedad para el solo uso y provecho de las presentes generaciones, y como la natural consecuencia de tal deseo es la urgencia en su cumplimiento, no sea que impida este la muerte, pídese luego al Estado ó al poder colectivo que inmediatamente realice la igualdad de condiciones, ó lo que es lo mismo, la abolición de la desigualdad orgánica con que produce Dios los individuos. Liquidación social, colectivismo, mutualismo, todo ello significa unas cosas mismas, á saber, el desprecio de lo pasado y el de lo futuro, así dentro como fuera de este mundo, y la rebelión contra la naturaleza de los que se juzgan desfavorecidos en el misterioso reparto vital de las actividades y capacidades humanas. ¿Y qué le importa al misántropo sectario de la nueva demagogia que solo contase la Europa setenta millones de habitantes en el siglo XVI, cuando hoy cuenta doscientos setenta; que sin ir mas atrás de nuestro siglo haya pasado Inglaterra de tener diez y seis ó diez y ocho millones de almas á tener treinta y dos, y Francia de veinte y cuatro á treinta y ocho; que los Estados Unidos cuenten de veinte y cuatro á treinta desde su independencia hasta ahora? ¿Qué le importa que la duración media de la vida humana se haya aumentado considerablemente de tres siglos acá, y solo durante el nuestro en mas de una séptima parte de tiempo? (1) Todo eso demuestra ciertamente un inmenso crecimiento de bienes en la especie humana; mas ¿cómo ni por qué ha de estimarlo el hombre, que no se juzga obligado á nada por sus antepasados, ni entiende que tenga él obligación de obrar para sus descendientes? Para quien tiene encerrado su pensamiento en la cárcel estrecha y ahogada de los años de una vida natural; para quien nada ve ni sospecha fuera de la vida, ni ama en ella sino lo que sus sentidos tocan y gozan; para quien no cree en la legitimidad del principio de sucesión, ni en la inmortalidad del alma, ni en la existencia de otro mundo mejor, toda ciencia es muda. Ni la historia, ni la economía política, ni el derecho público desvanecerán sus errores sociales jamás.

Y en realidad, señores, ¿qué es tampoco lo que tiene que alegar la ciencia sin Dios, la ciencia que estima la humanidad al día, contra la fórmula general de tales errores, que es el comunismo? ¿Por ventura no reconocen los economistas mas graves, de acuerdo en esto con los moralistas sagrados, el derecho á la vida, ó sea á la subsistencia, que mas ó menos frecuentemente niega á las veces al hombre la inexorable combinación de los hechos industriales y comerciales?

(Se continuará.)

Francia pintoresca.

USOS Y COSTUMBRES DE LA BAJA BRETAÑA.

De todas las provincias de Francia la Bretaña es seguramente la que conserva mas vivo el antiguo sello de su carácter nacional. Allí existe aun la edad media con sus ardientes creencias, sus fiestas y sus trajes pintorescos. Los recuerdos del feudalismo extinguido en principio; pero siempre vivo en muchas costumbres locales, aparecen al lado de las sencillas tradiciones de las primeras edades de la Iglesia. Mas aun: costaría poco trabajo descubrir en varios usos

(1) Con las cifras aquí expuestas pretende, entre otros, convencer á los comunistas del actual progreso y la injusticia de sus quejas, M. H. Dameth, en su folleto intitulado *la Question sociale*, impreso en 1871. M. Dameth es un distinguido profesor de economía política de la Academia de Ginebra.

populares, la señal de una civilización anterior al mismo cristianismo. El *menhir* druídico coronado con su cruz de piedra que de repente se percibe en medio de una espesura ó en la plazoleta de una selva, es el emblema de esa tierra de Bretaña en donde subsisten mezcladas y confundidas todas las tradiciones; en donde la leyenda de Merlin y de Lancelote se armoniza con la historia de los santos, con la creencia en los agentes mediadores introducida por el sabeismo. Si el pregonero es lento, si la civilización avanza poco, en cambio nada se borra en esa tierra de granito. Con el conjunto de esas diversas tradiciones llevadas allí por tantos pueblos, por tantas civilizaciones sucesivas, se han formado esas pintorescas costumbres que reinan todavía en esa Armórica menos aislada del resto del mundo por su posición geográfica que por su idioma y sus repugnancias nacionales.

El aldeano breton es vivo, impresionable, inteligente y se hace con él un buen soldado y un excelente marinero. Sin embargo, siempre parece mal á gusto lejos de esa ruda comarca, objeto de su adoración. Solo allí se muestra con toda la energía de su carácter activo y apasionado. Naturalmente alegre, es aficionado á todas las fiestas. Cuanto mas dura, laboriosa y monótona es su vida, tanto mas turbulentos son sus juegos.

Todas las grandes circunstancias de la existencia, tristes ó alegres, bodas ó funerales, sirven de pretexto para regocijos, no menos que las principales épocas del año. Las fiestas mas risueñas son las que tienen efecto en la primavera. Por consiguiente, no hay domingo sin romería, sin festejos en honor de algun santo nacional cuyo nombre se halla inscrito en el calendario y cuya capilla rústica no dista mucho del pueblo. Mujeres, chicos, ancianos, enfermos, todo el mundo se dirige á la fiesta. Las muchachas lucen sus galas de vistosos colores, y los mozos con la pluma de pavo real arrollada en torno del sombrero, hacen asalto de galantería y de requiebros.

El amor es por lo general una cosa bastante sencilla entre las poblaciones campestres; es mas bien un instinto que un sentimiento; pero en Bretaña interesa por ciertos usos que forman contraste con el prosaismo que afecta en otras comarcas, mas adelantadas, sin embargo, bajo distintos conceptos. Cada obispado, y aun cada parroquia, tiene sus costumbres particulares. Por ejemplo, hay ciertos cantones del Leonés en que el galán debe acercarse á la jóven sin dirigirla la palabra. Después de saludarla, toma la cinta de su delantal y la arrolla en sus dedos; si la jóven le interrumpe y le quita la cinta, es mala señal, es que debe ir á buscar fortuna á otra



(FRANCIA PINTOESCA. — Usos y costumbres de Bretaña : los enamorados.



Las pláticas en verso á la puerta de la casa de la novia.

parte; pero si por el contrario le deja arrollar toda la cinta, puede considerarse, no seguro de su conquista, sino aceptado para bailar aquel día.

Mas no es él solo. Una jóven bonita y de buena familia, no se vuelve contenta de la fiesta, si no la acompañan seis ú ocho de sus adoradores. Todos estos pretendientes forman su escolta y conversan amistosamente ó cantan en todo el camino. El padre de la jóven les hace una buena acogida: sale hasta el umbral para recibirles y les invita á tomar asiento á la mesa, sirviéndoles lo mejor que hay en la casa, tocino salado y sidra en abundancia.

Sin embargo, de repente la jóven se retira á su cuarto con el pretexto de quitarse las galas de fiesta, y entonces los mozos van á verla en el órden en que fueron aceptados para el baile. Por lo general, la jóven no demuestra en esta ocasión ni amor ni preferencia por ninguno de sus galanes. A todos los recibe con afabilidad; pero guarda con todos la mas prudente reserva. La conversacion dura mas ó menos, segun el número de los cortesanos, pues es de rigor que antes de cerrada la noche cada cual haya tenido su turno pasando de visita quince minutos.

A decir verdad, todo esto se considera como simple urbanidad y rara vez en tales entrevistas se trata de casamiento. Al cabo de muchos años de obsequios, ni ellos ni ellas se creen comprometidos; y á veces sucede que una jóven que está para casarse se deja todavía acompañar por sus galanes. En este caso el novio hace lo que los demás, ni mas ni menos, y pasaria por ridiculo si se mostrara descontento, porque no merece ninguna preferencia.

Cuando las familias están ya de acuerdo y decidida la boda, la novia elige una acompañanta entre sus parientas ó amigas íntimas, y el futuro elige tambien su acompañante, los cuales durante quince dias convidan á la boda á toda la familia, sin excepcion. A nadie se olvida, por pobre que sea, pues en ninguna parte el espíritu de familia es tan vivo como en la Bretaña. Así sucede que los convidados son numerosos y hay bodas de labradores ricos en las que se cuentan muchos centenares y hasta mil parientes, porque no se atiende al grado de parentesco, por remoto que sea.

El domingo que precede á la boda está consagrado á un uso bastante singular: todos los que han aceptado el convite envían sus regalos á los jóvenes novios por medio de uno de los mozos de labranza, y hay algunos regalos que suelen valer mucho; pero por lo comun consisten en utensilios domésticos ó en comestibles para el día de la boda.

Esta se verifica casi siempre un martes y por lo regular



FRANCIA PINTORESCA. — El festin de la boda.

en casa de la novia, condicion necesaria para la buena disposicion de la fiesta. Los mozos se reunen por la mañana temprano y se dirigen á casa de la novia precedidos por una música compuesta de un *biniou*, una *bombarda* y un tamboril. Halla la casa cerrada y todo en el mayor silencio, y entonces un hombre asoma en el umbral de la puerta, con una vara de retama en la mano, y hablando á la comitiva, les dice que se encaminen al palacio (cuyo camino indica), donde tan elegante sociedad será muy bien recibida.

Todo esto se habla en verso.

Como el caso está previsto, el versificador del novio, responde á su rival:

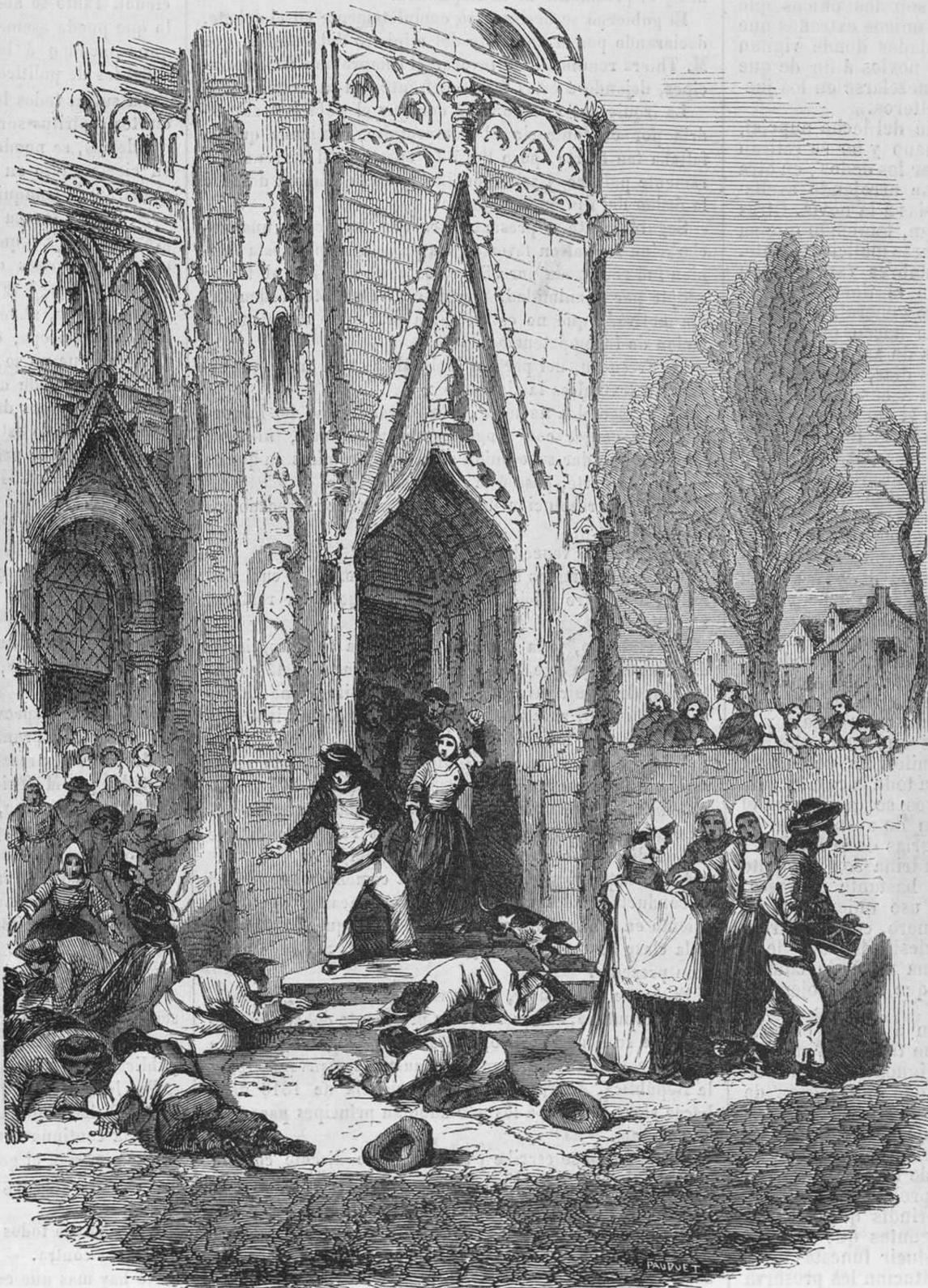
— Justamente esta casa es el palacio que buscamos. Sabemos que en ella se encierra una flor mas brillante que el sol. No la robeis mas tiempo á nuestras miradas, pues venimos á buscarla.

El primer versificador entra en la casa y sale con una vieja que presenta á los mozos.

— Esta es la única flor que poseemos, dice. Me pareceis buenos cristianos y os la confiaremos si por sus lindos ojos habeis hecho este viaje.

— Seguramente, responde el otro, es una persona respetable; pero ha pasado para ella el tiempo de las fiestas. No contestamos el mérito de las canas cuando han blanqueado en la virtud; pero lo que es ahora buscamos otra cosa. La jóven que pedimos tiene tres veces menos edad que esta, y es fácil reconocerla por el brillo sin par de su hermosura.

Despues de la vieja, el versificador saca un niño de pecho, despues una viuda, despues una mujer casada y despues la acompañanta de la novia; pero su adversario las rehusa con



El bautizo.

buenas razones sin herir el amor propio, hasta que aparece la novia resplandeciente con sus galas.

Inmediatamente la concurrencia entra en la casa, el versificador se arrodilla, reza un Padre nuestro por los vivos y un *De profundis* por los difuntos, y luego pide para la jóven la bendicion de la familia. La escena, tan alegre un momento antes, toma otro carácter; á veces interrumpen al versificador las lágrimas y los sollozos, tan cierto es que siempre hay algo de solemne y de triste en el fondo de todas las alegrías y de todas las fiestas.

En ciertas localidades quiere la costumbre que en el momento de marchar á la iglesia, la madre corta con unas tijeras un cabo del cinturon de la novia.

— Hija mia, la dice, el lazo que nos unia está rota y cedo á otro la autoridad que Dios me habia dado sobre tí. Mi casa no será ya tu casa, en tanto que tú seas dichosa; pero si la desgracia te visita, una madre es siempre una madre y sus brazos están siempre abiertos para sus hijos. Como tú, yo tambien dejé á mi madre para seguir á un hombre, y así te dejarán tus hijos: esa es la ley. Cuando los pájaros crecen se escapan del nido. Que el señor te bendiga y te haga tan feliz como á mí me ha hecho.

La comitiva se dirige á la iglesia y si el camino es largo, se encuentra detenida á cada instante por cuadrillas de pordioseros.

Despues de la ceremonia religiosa, el festin, que es lo mas original que imaginarse puede.

Con efecto, nada puede dar una idea de esa multitud de convidados de todas edades y de ambos sexos, que forman un conjunto abigarrado, confuso, imposible de describir con el lápiz ó la pluma.

Revista de Paris.

El día anterior disponen las mesas bajo unas tiendas y preparan las cocinas al aire libre. Todas las cocinas, todas las convidadas que tienen pretensiones culinarias, ofrecen sus consejos y servicios. Son dignas de verse en la inflamada atmósfera de las hogueras cuidando de los cuartos de vaca y de las innumerables aves que se cuecen en inmensas calderas. Sin embargo, por grande que sea su celo, pocas son las que no abandonan el puesto cuando el ruido de los tiros y el de la música, anuncian la llegada de la boda.

Los novios marchan á la cabeza, precedidos por los músicos y los jugadores de palos que abren la comitiva. Siguen los padres y madres, padrinos y madrinan, y luego los demás convidados, sin orden, cada cual con el traje de su canton, unos á pié y otros á caballo; á veces dos en una montura. También se ven chiquillos encaramados en asnos. Los mendigos cierran la marcha, y los hay á centenares.

Las mesas se componen de tablas clavadas en estacas, son muy bajas y angostas. Los bancos están contruidos del mismo modo y son muy altos con relacion á la mesa; pero son un lujo inútil, nadie se sienta. Se come la sopa en comun y los demás manjares en la mano. El liquido se bebe en una taza que sirve para cinco ó seis personas. Hasta se considera como acto de cortesía el presentar la taza en que se ha bebido al que está al lado para que acabe de vaciarla, y una negativa en tal caso seria un insulto.

Si los manjares no son variados, en cambio son abundantes. El novio y la gente de la casa no cesan de circular en torno de las mesas atendiendo á todos. La parte de ellos en el festin suele limitarse á los agasajos que reciben y á las tazas de sidra que tienen que aceptar por complacencia.

Después de cada servicio toca la música y todo el mundo se aleja de la mesa, unos para luchar, otros para bailar, en tanto que los mas oficiosos ayudan á recoger los restos de los platos que llevan á los porteros establecidos en un campo contiguo como gitanos. Después vuelven á la mesa y luego al baile y así alternativamente, hasta que la noche les advierte que es hora de pensar en la retirada.

Entonces comienza la dispersion y muy luego el acompañante y la acompañante son los únicos que quedan de tanta gente. Son los únicos extraños que deben retirarse y aun hay localidades donde vigilan toda la noche en el cuarto de los novios á fin de que estos sean dignos al otro día de mezclarse en los juegos de los mozos y muchachos solteros.

En una parte se plantan al pié del lecho nupcial, con una vela encendida en la mano y no se retiran hasta que la llama les va á quemar los dedos; en otra el acompañante pasa toda la noche arrojando avellanas al novio, que las entrega limpias á la novia. Otras costumbres hay que omitimos aquí, temiendo que su sencillez excesiva pueda interpretarse maliciosamente.

Por lo demás, todas estas costumbres varían segun las localidades, se modifican con el tiempo y seria imposible agruparlas en un cuadro general. Hay pueblos donde son las jóvenes las que hacen proposiciones de casamiento y declaraciones de amor.

Las fiestas de la boda duran tres días, hasta el viernes; y en este día la novia abraza á sus compañeras de juventud y las dice adios como si no debiera volver á verlas. Y efectivamente, desde el momento del matrimonio una nueva vida comienza para las mujeres en Bretaña, vida triste y monótona ya, sin placeres y sin fiestas; las solteras disfrutaban una libertad que se cambia en esclavitud cuando están casadas. En ciertos cantones, y principalmente en el Lionés, la casada que llevara los adornos de la soltera, y bailara en una fiesta, seria marcada con el dedo y estaria perdida en la opinion. Su único cuidado debe ser su casa, su único goce la paz del hogar doméstico.

Sin embargo, en la vida de estas madres de familia sobrevienen algunos acontecimientos que introducen alguna alegría en su monótona existencia: es cuando son madres. Entonces la granja toma un aspecto de fiesta; el umbral de la puerta se cubre de follaje y el *binou* entona los aires placenteros que recuerdan todos los sueños de los años juveniles. La ceremonia del bautizo es una gran fiesta para toda la casa. Aquel día descansa el arado, y los bueyes se quedan en el establo, donde tienen doble ración de avena á fin de que participen tambien de las alegrías de la familia.

Las funciones de padrino y madrina son bastante buscadas, aunque no dejan de ser bastante onerosas. Todo el gasto lo sufragan, y el uso quiere que se muestren generosos con el campanero, con el cura y con los músicos. Al salir de la iglesia después de la ceremonia se ven asaltados por una nube de chiquillos y de mendigos, y es preciso que les arrojen puñados de monedas.

Entre tanto todas las vecinas van á dar la enhorabuena á la madre y la llevan lo que tienen en su casa mas exquisito, y á veces regalos dignos de ser ofrecidos « á la madre del cristianito que Dios acaba de enviar de su paraiso para aumentar el número de los fieles, » segun dicen con su lenguaje poético.

La velada se prolonga en festines en el mismo cuarto de la madre. Tiene que comer de todos los manjares que la han traído, tiene que probar de todas las frutas y que responder á los mil brindis que echen á su salud, así como á las mil preguntas que la dirigen. Es un trabajo que puede producir funestas consecuencias; pero su robusta constitucion les preserva ordinariamente de los inconvenientes de tal fiesta.

(Se continuará.)

En vano los amantes de la tranquilidad pública hacen fervientes votos porque se aparten en la actualidad todas las cuestiones que agitan los ánimos y despiertan los enojos de los partidos; en vano se dice y se repite que la Francia necesita paz inalterable para cicatrizar sus profundas heridas, para reorganizarse y atender al mismo tiempo al estricto cumplimiento de las duras obligaciones que se han contraído, pues cuando menos se piensa surge una de esas cuestiones irritantes que viene á demostrar que bajo esa apariencia de calma en que se quiere suponer á los hombres políticos, arde la pasion de partido con un fuego inextinguible.

Esta semana hemos tenido una de esas emociones considerables que turban profundamente la situacion política. El lunes último, los príncipes de Orleans que, como es sabido son diputados por los departamentos del Alto Marne y del Oise, publicaban dos manifiestos en forma de cartas, diciendo á sus electores que su compromiso de no asistir á las sesiones de la Asamblea nacional fué temporal y revocable; que creen ha llegado el día en que deben asistir; pero que viendo que M. Thiers opina de distinto modo, apelan al fallo de un tribunal superior y esperan que se les permitirá unir sus esfuerzos á los de los demás diputados para levantar de nuevo la bandera de la Francia y hacer triunfar de cualquier ataque el derecho soberano de las mayorías.

Este tribunal superior se apoderó al instante del asunto, y el mismo día que nació se resolvió el conflicto.

Con efecto, la Asamblea nacional, pues no podia ser otro ese jurado á que apelaban los príncipes, consagró la sesion del lunes á la cuestion pendiente entre los Orleans y el presidente de la República.

El gobierno se desinteresó completamente en el debate, declarando por el conducto del ministro del Interior, que M. Thiers renunciaba á invocar el compromiso de los príncipes, dejando á estos frente á frente con la Asamblea.

La izquierda, que contaba con que el gobierno sostendria por el contrario el compromiso, sintiendo que la faltaba tan fuerte apoyo llevó la cuestion al terreno puramente político y salió vencedora, pues la Cámara desechó la orden del día pura y simple.

Seguidamente se presentó otra que implicaba una declaracion formal en favor de los príncipes; pero esta tambien fué rechazada por 352 votos contra 284 y al fin se adoptó por unanimidad, menos dos votos, otra orden del día motivada que no es en suma mas que una manifestacion de incompetencia.

M. Fresneau, del partido legitimista es su autor, y la redaccion textual es la siguiente:

« La Asamblea nacional, considerando que no la corresponde cargar con ninguna responsabilidad, ni tiene tampoco que dar su opinion sobre compromisos en que no ha tomado parte, pasa á la orden del día. »

Tal fué la resolucio del tribunal superior invocado por los príncipes.

¿Quién salió vencedor?

Todos los partidos se atribuyen la victoria, lo cual significa, á nuestro juicio, que ninguno puede en realidad atribuírsela.

Sin embargo, toda vez que la Cámara se desentende del asunto, y ya que M. Thiers declara que no está en intencion de seguir invocando el compromiso como ha hecho hasta aquí, resulta claramente que solo los interesados deben resolver este caso de conciencia.

Y le resolvieron al día siguiente, presentándose en la sesion sin que su presencia suscitara mas que la curiosidad natural, y una afectacion de indiferencia muy marcada en las filas de los legitimistas y los republicanos que tan unidos se mostraron contra los príncipes.

Entre tanto la prensa republicana comenta con acritud la conducta de los representantes que acaban de tomar asiento en la Asamblea; y atribuye al duque de Aumale toda clase de aspiraciones y de ambiciones contra la situacion presente.

El duque de Aumale, dicen estos periódicos, ha querido ser diputado, ha querido ser presidente del consejo general de su departamento, ahora quiere ser miembro de la Academia francesa, y mañana querrá ser presidente de la República. Ahora bien, la experiencia de 1848 debe hacer abrir los ojos á los que adoptan príncipes para esta presidencia.

Y sobre esto se escribe y se habla y se discute con un ardor que pone de relieve el estado de exacerbacion en que se hallan en Francia las pasiones políticas.

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que las cuestiones irritantes se suceden en la Cámara; y que casi podria decirse que cuando no las hay, las sesiones ofrecen un interés muy secundario.

Dos días después se ocupaba otra en hacer cargos al go-

bierno porque dejaba en libertad á un miembro que fué de la Commune, M. Ranc; y no se acabará esta semana, sin que salga á discusion el famoso proyecto del regreso á Paris, á pesar de que la Cámara se pronunció contra la urgencia.

M. Thiers ha insistido vivamente en favor del regreso en el seno de la comision de iniciativa y no tenemos para qué añadir que todas sus razones son del mayor peso.

Segun las relaciones de su discurso que hacen los diarios, los puntos principales que trató el presidente de la República fueron los siguientes:

Paris ha llegado á ser la capital de la Francia, por el tiempo y por las circunstancias, no por la antigua monarquía.

Paris es el centro de todo, centro de ideas, centro de accion y centro financiero y judicial.

Es una inconsecuencia chocante el querer permanecer en Versalles.

Cada día se pide al gobierno que vigile, y el gobierno solo en Paris puede ejercer la vigilancia.

Los que hablan de Inglaterra y de las costumbres británicas, olvidan que el carácter francés no tiene ninguna relacion con el de los ingleses.

En Francia todo debe hacerse muy pronto.

La Francia es una de las naciones que mas necesitan ser gobernadas, y la residencia en Versalles entorpece las relaciones del gobierno con las autoridades de la capital.

Lo mismo sucede respecto de la hacienda, pues el jefe del poder ejecutivo se halla en la necesidad de tener á mano al director del movimiento de los fondos y al gobernador del Banco para conocer el estado de los recursos del Tesoro.

Para los asuntos diplomáticos la residencia en Paris es una necesidad absoluta.

Entrando en la cuestion puramente política, M. Thiers afirmó que no hay peligro ni para la Cámara ni para el gobierno en volver á Paris; no hay que temer motines, ni siquiera manifestaciones estando desarmada la guardia nacional. Tanto se abstienen los hombres honrados de todo lo que pueda asemejarse á una manifestacion, que ni siquiera acuden á las urnas cuando hay elecciones: están cansados de política.

En suma, todos los temores que pueden hoy existir en ciertos espíritus son puramente quiméricos.

Además, se puede hacer una ley prohibiendo los grupos en cierto radio en torno de la Asamblea, con lo cual se acabarían de tranquilizar los timoratos.

M. Thiers invoca seguidamente una razon mucho mas grave, á saber: que toda Europa observa en el día las menores acciones de la Francia, y sobre todo los prusianos.

Ahora bien, al ver la vacilacion para salir de Versalles, se dice la Europa, que no puede tener confianza en un gobierno que no se atreve á entrar en Paris.

Y esto coincide con el peligro de inspirar á la poblacion sentimientos deplorables.

Hoy el pueblo está sumiso; la clase media se halla quizás descontenta; pero si hubiese un movimiento haria lo que en junio de 1848, se uniria á la tropa para reprimir á los insurrectos.

El comercio de Paris se queja vivamente de la ausencia de la Asamblea.

Esto es lo único que hay que temer, que la obstinacion de permanecer en Versalles ponga el colmo al descontento.

Además, existe un partido hostil mas audaz que todos, que se agita mucho, lo cual es incomprendible después de Sedan.

Este partido aprovecha mucho la ausencia: no abandonándole Paris, pronto estará destruido.

Por último, prescindiendo de otras consideraciones presentadas por M. Thiers, llegaremos á la conclusion de su importante discurso, en la que recuerda que Paris es la patria de la moda y que es preciso evitar que la moda emigre á Berlin. Gracias á las victorias de la Alemania, Berlin ha doblado ya su poblacion.

En suma, la Francia estará perdida el día en que Paris deje de ser la capital de la moda.

Los miembros de la comision de iniciativa parlamentaria, oyeron hablar á M. Thiers sin interrumpirle, sin dar siquiera señales que pudieran interpretarse en uno ú otro sentido.

¿Se convencieron á las razones del presidente de la República?

Por los rumores que corren, parece ser que no, pues si bien se afirma que alguno de ellos duda y vacila, la gran mayoría continúa contraria á la traslacion, y lo único que concede es que el gobierno se traslade á Paris, en tanto que la Asamblea seguirá celebrando sus sesiones en Versalles.

Es difícil de todos modos, afirmar ninguna cosa ni en pró ni en contra.

No hay mas que esperar los debates que, como hemos dicho, tendrán efecto muy próximamente, si son ciertas las noticias que sobre este punto recibimos de Versalles.

Pasemos á los teatros.

La comision que ha organizado una suscripcion para erigir una estatua á Alejandro Dumas, dispuso en la tarde del domingo último una gran funcion en el teatro de la Gaité á fin de allegar fondos.

Nada mas necesario si se quiere erigir el proyectado monumento.

La Francia en sus agitaciones políticas olvida al que durante tantos años tuvo el gran privilegio de cautivarla con sus innumerables obras, y la suscripcion no ha encontrado eco.

Nada se descuidó para que el espectáculo de la Gaité atrajera aun á los indiferentes; y sin embargo, la mitad de la sala estaba vacía, y solo á beneficio de la elevacion de los precios de las localidades, la entrada dió como unos 4,000 francos, esto es, la tercera parte de lo que esperaban los promotores de la fiesta.

Su programa, en efecto, era brillante.

Después de un prólogo en verso de M. Delair, representaron el acto primero de *Cárlos VII*: Dumaine hacia el papel de Jacob y le secundaban artistas de diferentes teatros.

Signió el acto segundo de *Antony*, con Laferriere, Mlle Duverger y Mlle Celina Montaland, es decir, una ejecucion perfecta.

La funcion terminó con el *Homenaje á Alejandro Dumas*, composicion poética de M. Delair que ha obtenido la medalla de oro en el concurso abierto por M. Ballande.

Los aplausos fueron inmensos.

Los artistas que se presentaron á pagar un tributo de homenajes á Alejandro Dumas, fueron saludados con prolongadas aclamaciones.

Eran estos artistas Berton, Melingue con el traje de mosquetero, Dumaine, Madama Mario Laurent, una de las mas brillantes personificaciones del drama; Mlle Desclée, la comedia moderna, y Madama Arnoult-Plessy figurando la Francia vestida de luto.

El busto que coronaron era obra del actor Melingue.

Frederick Lemaitre, el imponderable actor de la época de Alejandro Dumas, que no tenia papel en la composicion de M. Delair, rindió tambien su homenaje ciñendo una corona de laureles de oro á la ancha y despejada frente de Alejandro Dumas.

Fué una fiesta de amigos; y ¡cosa singular! hasta la prensa ha participado de la indiferencia pública.

Algunas líneas sobre la funcion, como en descargo de conciencia; hé ahí el homenaje que ha tributado la crítica de hoy al que la ha ocupado tanto en otras épocas.

Sin embargo, hagamos una excepcion.

Jules Janin, siempre sobre la brecha cuando se trata de las glorias de su tiempo, es el único crítico que ha pagado noble y dignamente su deuda.

Su folletín del 18 de diciembre en el *Journal des Débats* es un verdadero homenaje á la memoria de Alejandro Dumas.

¡Con qué elocuencia nos habla de aquel incansable inventor que poseía todos los dones para el drama y la novela!

«Era todo lo que puede ser un hombre de honor, intrépido, osado, sin reproche y sin miedo, que se abandonaba con toda libertad á la inspiracion de la hora presente, entre lo positivo y lo ideal, entre tierra y cielo. Alma fuerte en una fuerte máquina, avara de cosas menudas, y pródiga de las grandes, vivo, ingenioso y apasionado, y á poco que un sentimiento de entusiasmo, de indignacion ó de dolor, excitase su fibra favorita, ya se arrebataba y al través de toda clase de obstáculos y de peligros, empuñaba su maza y pegaba como un sordo aquí y acullá, y ¡sálvese el que pueda! ¡Se le escuchaba con espanto, se le observaba con admiracion! Todas las pasiones hablan por su boca, unas veces el odio, otras la cólera, la conmiseracion, ó la ternura, ó la gracia. En su inmensa obra se encuentran los excesos, los contrastes, los extremos, porque todo le conviene y todo le sirve: se permite invenciones fabulosas y sin ejemplo, pudiendo decirse en absoluto de la obra de Alejandro Dumas lo que decia Aristóteles de un puerto de mar, á saber: «Todo está allí revuelto, ajos, aceitunas, armaduras, vaca salada, incienso, vinagrillo, sartas de cebollas, flautas, silbatos, tañedoras de flautas y ojos llorones.»

Y echando una ojeada á aquella época tan notable para las letras y las artes, concluye así el retrato de Dumas:

«Fué el amigo y el maestro tambien de los principales artistas. Lloraba con los discursos de Lamennais, con las tiernas palabras de Silvio Pellico; oyó á Nourrit cantar por la primera vez las melodías de Schubert y el duo de amor entre Valentina y Raul; vió bailar sobre las tumbas de las monjas de Meyerber á la bella y ligera Taglioni; juraba por Victor Hugo; aplaudia el primero los libros de Alfredo de Vigny; comprendia y sabia todas las cosas; se hallaba al nivel de Mlle Mars; era igual á Talma; él creó á Frederick Lemaitre y á madama Dorval, y fué uno de los primeros que saludó á Mlle Rachel. Sabia reir y hacia llorar...»

Todo el artículo tiene esta entonacion afectuosamente

laudatoria; con una digresion sobre la ingratitud de la hora presente, en la cual se dirige Jules Janin con indignado acento á los desdeñosos que afectan hoy la mayor indiferencia, sin recordar que todos ellos deben á Dumas, un momento de tregua en sus pesares, un hechizo en sus insomnios, un alto en sus malas pasiones.

Pero el gran novelista, el inagotable dramaturgo cayó en desgracia y sus amigos de entonces arrojan piedras hoy al ídolo que antes adoraron. ¡Tristes vicisitudes de las cosas humanas!

MARIANO URRABIETA.

Un viaje de vieja.

Perú, departamento de Junin.

APUNTES DE CARTERA

POR MANUEL CONCHA.

(Continuacion.)

Esta parte de la Montaña no produce azúcar, y es mas que probable que no la producirá en muchos años á causa del poco ó ningun consumo que hay de este artículo en el interior, y por el fuerte capital que sería preciso invertir en un establecimiento ó ingenio de esta clase, y por el excesivo valor de la conduccion de carguío á la costa. Además, es costumbre entre los cholos para azucarar alguna bebida, hacer uso de la chancaca que ellos mismos fabrican.

VIII.

LA MONTAÑA DE MONOBAMBA.

Los productos de la Montaña son muchos y únicos en su género.

El sabio naturalista Reimondi, que se ocupa en escribir la Flora y la Fauna peruana, ha publicado ya algo concerniente á esta materia; sin embargo, para los que no hayan leído sus eruditas publicaciones, vamos á dar una palidísima reseña de sus principales productos.

Además de la caña de azúcar, se produce el café de grano pequeño aromático, que puede competir con ventaja con el mas afamado de Asia; tabaco de muy buena calidad, vainilla, papas, arvejas, habas, cebada, arroz famoso, trigo, algodón de dos clases, blanco y cabritilla; cacao, fréjoles de todas especies, maíz que se cosecha todo el año, vid, etc., etc.

Sin embargo de todas estas producciones, se siembran algunas en corta escala, y de otras en ninguna, á pesar de que la experiencia y repetidas pruebas con gran éxito, han demostrado que todo se produce allí con extraordinaria exuberancia.

Además la Montaña encierra una inmensa riqueza en maderas de todas especies y para todos los usos; resinas aromáticas y medicinales; cascarilla de siete especies, añil, incienso, estorac, copaiba, sangre de drago, leche vegetal, miel y cera de abejas silvestres, etc., etc. (1).

La temperatura de la Montaña es muy cálida; en algunos puntos saludable á toda constitucion, en otros enfermiza y nociva, predominando la terrible enfermedad llamada saratan, que los cholos atribuyen á la picada de un insecto invisible, y diarreas y disenterías incurables, sobre todo en la parte donde se cultiva el arroz.

En el estío se ven con frecuencia tempestades, que pasan pronto, dejando un riego bienhechor en esos feraces terrenos, en donde la vegetacion se ve materialmente crecer.

No exageró un sábio, creemos que Humboldt, cuando dijo que una guía de zapallo formaba un pequeño ruidecillo en el suelo al desarrollarse.

(1) En el vegetal de nuestra Montaña se contienen tales rarezas, que el objeto de esta obra no permite el tratar de ellas y sus virtudes; bastando decir que las maderas olorosas, sólidas y de colores varios, enteros y mixtos, halagan á la vista é invitan á su posesion, viéndose que sus árboles y arbustos, después de rendir excelentes frutos sin cultivo ni beneficio, destilan bálsamos, aceites aromáticos, gomas, resinas é inciensos admirables, siéndonos ingrata ó poco provechosa su fertilidad.

La canela, aunque no parece tan fina como la de Ceilan, es superior á la bastarda Java, y acaso igualaria á la primera, si la industria beneficiase las ópimas producciones de la naturaleza. El cacao, la cascarilla y pucherí, que es una pepita equivalente á las varias especerías del clavo y la pimienta, es tan abundantísima como la cera y otros productos que son de tan difusa enumeracion para mi propósito, cuanto útil su noticia, etc.

(Memorias de los vireyes, t. VI, pág. 138.)

Es aquí tambien donde se puede contemplar á la naturaleza irritada.

¡Una tempestad en la Montaña!

¿Qué pluma se atreveria á describirla? Hay cosas que es preciso ver para formarse de ellas una idea.

Lluvia, relámpagos, truenos, rayos, árboles que se tronchan como la humilde yerba, con un fragor estridente; torrentes que se precipitan bramando de la cima de las montañas á engrosar los profundos y turbulentos rios; todo esto mezclado, reunido, forma un estruendo indescriptible que aturde, asombra y anonada. Estas tempestades son mas frecuentes al principio y á la conclusion de la estacion de las aguas.

La vegetacion está, por decirlo así, una sobre otra. Las plantas parásitas viven y se sustentan sobre los encumbrados árboles formando de ellos un verdadero ramillete á causa de sus distintas especies y diversas flores. Los bejucos forman, entre uno y otro árbol, una verdadera é impenetrable red de verdura, y los troncos que estos arbustos trepantes no han invadido, el musgo los ha cubierto.

Bajo los encumbrados árboles crecen otros mas inferiores en altura, bajo estos, otros, y así sucesivamente hasta la humilde yerba, que está condenada á no gozar de los benéficos rayos del sol (1).

El terreno es húmedo y resbaladizo por las frecuentes lluvias y por la sombra proyectada por el bosque.

No es raro ver corpulentos y altísimos árboles cuyo tronco ha desaparecido hasta la altura de un metro, á consecuencia de los años ó de alguna otra causa ó circunstancia, oscilar como un péndulo á impulso del viento, sostenido de sus ramas superiores por los bejucos.

Estos arbustos trepantes, de una solidez increíble y de infinitas especies, forman con mucha frecuencia caprichosas escalas, por las que se puede subir cómodamente hasta las copas mas altas. Los cholos, para obtener las bayas medicinales, vainilla, etc., se aprovechan de estas cuerdas naturales.

Entre estas bayas hay una que sirve especialmente para sus adornos en las danzas, con las que forman collares y tahalies, y que denominan *guallur*, y que nosotros llamábamos coral vegetal. Esta semilla tiene además para el cholo la propiedad ó virtud de multiplicar el dinero; así es que jamás falta en sus faltriqueras ó bolsas, un grano de este vegetal.

El fruto seco del *espigma* es igualmente buscado con solicitud, porque su pulpa ó carnaza les sirve de jabon, pues forma mucha espuma y blanquea el lienzo bastante bien; su semilla es negra, perfectamente redonda, y como con dificultad se distingue en ella el ojo por donde germina, sin un prolijo exámen, cualquiera la equivocaria con las bolitas de piedra con que juegan los niños.

Durante el día esta espléndida vegetacion está poblada de multitud de aves de dorados plumajes y de cantos melodiosos y originales; luego el zumbido de los insectos de variadas formas que vuelan por millares; de los que se encuentran ocultos en las grietas de los añosos árboles; de los grillos, de las abejas silvestres, etc., todo esto forma un ruido heterogéneo y perpétuo.

Las mariposas, aladas joyas de la naturaleza, de las que algunas hay de gigantescas proporciones, encantan y deleitean la vista; el chillido de los feos monos, que deben calificarse de marineros de la Montaña, que se columpien á gran altura asidos de la cola, y que al acercarse el viajero huyen hasta cierta distancia, donde se detienen á contemplarle con curiosidad, animando sus apergaminados rostros con ridículos gestos; las elegantes y ligeras ardillas, rebotando de un árbol á otro espantadas por el menor ruido, animan la escena.

(Se continuará.)

Los prisioneros de la Commune

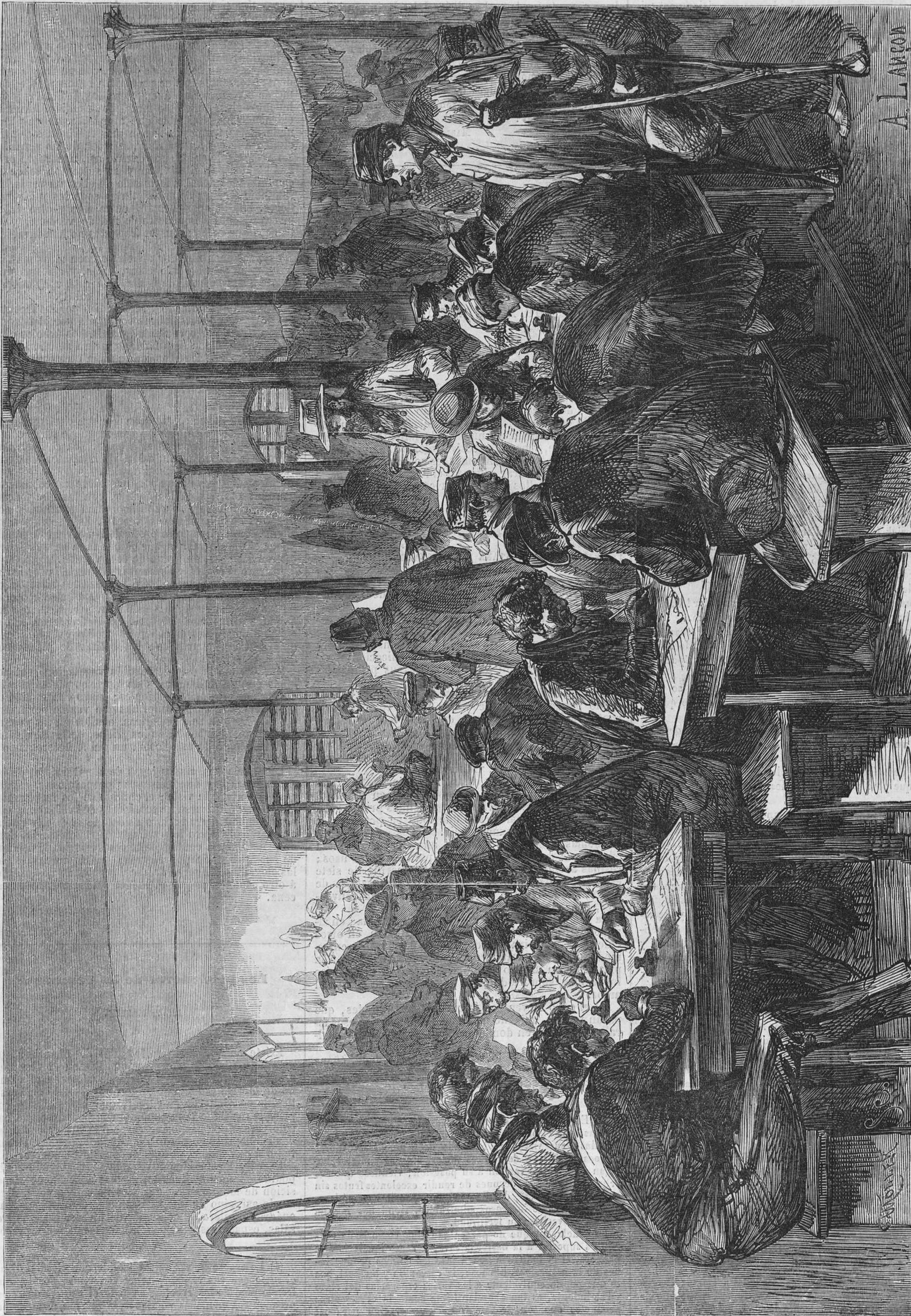
EN VERSALLES.

Existe en Versalles en la calle de Chantiers, un enorme edificio de tres pisos que llaman el Chantier, y que antes de la guerra servia de almacen al camino de hierro. Cuando el gobierno se instaló en Versalles, le convirtieron en cárcel, que han poblado con prisioneros de la Commune, ó con personas que han sido presas por hechos relativos á la insurreccion; todos estos presos esperan allí á que les pongan en libertad ó á que les lleven ante el consejo de guerra.

La cárcel está bien arreglada, arreglo que se ha podido obtener fácilmente, gracias á la buena disposicion de los lugares. Cada piso no se compone, digámoslo así, sino de una sala inmensa sostenida por una cuádruple hilera de columnas de hierro. En esas tres salas, espaciosas y bien ventiladas están los presos,

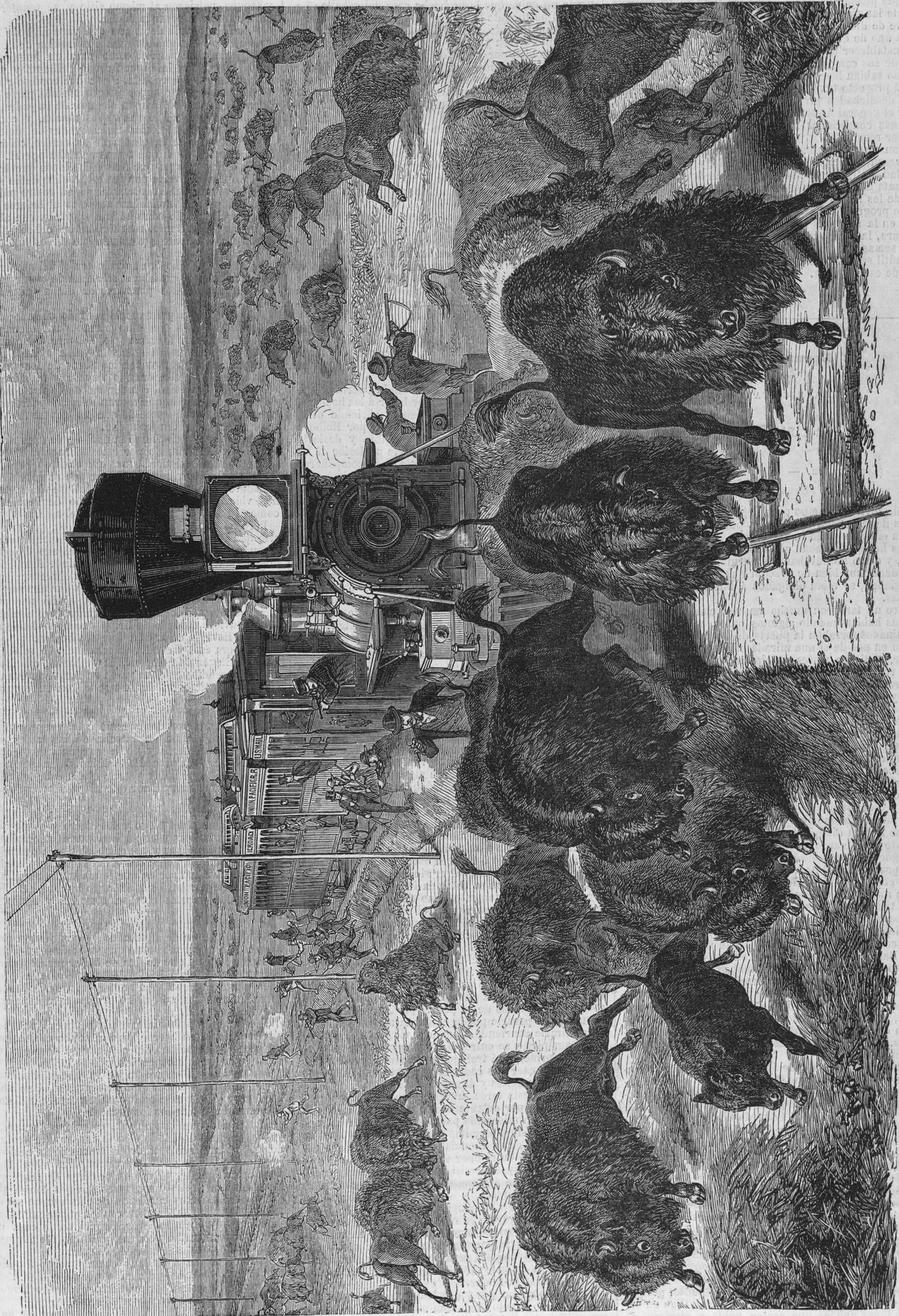
(1) Lo espeso de sus selvas impide que el sol caliente el suelo con sus rayos, y sobre ser oscuro por la suma frondosidad de los árboles, en todo el espacio que comprenden sus montañas y bosques, la tierra se mantiene húmeda, siendo causa de innumerables insectos y reptiles, etc.

(Memorias de los vireyes, t. VI, pág. 138.)



A. L. ARCO

Los prisioneros de la Commune en Versalles. — Escuela de los presos en la cárcel del Chantier.



ESTADOS UNIDOS. — La caza de bufalos en el ferro-carril del Pacifico.

que tienen además á su disposicion un gran patio en el que pueden pasearse desde las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde. Sin duda este paseo les sirve de distraccion; pero no basta, y así ha sucedido que uno de ellos llamado Petit, ha tenido la feliz idea de establecer una escuela para la instruccion elemental de sus compañeros, de los cuales el mayor número no sabian leer ni escribir.

El proyecto tuvo buen éxito. Acogido con furor por los desdichados presos, fué patrocinado y sostenido por el general Appert y el coronel Guillart, y en tan buenas condiciones no podia menos de producir el mejor resultado.

Con efecto, la escuela está hoy frecuentada por mas de sesenta discípulos llenos de celo y de buena voluntad, entre los que se distingue un hombre de unos sesenta años que aprende á leer con una aficion digna de los mayores elogios. Parece ser que el hombre hace progresos. La clase tiene sus horas determinadas en la sala del tercer piso, y en ella enseñan la lectura, la escritura y el cálculo, y además, dos veces por semana, la teneduría de libros.

Inútil será añadir que el gobierno sufraga los gastos de esta escuela.

P. P.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CÁRLOS DICKENS.

(Continuacion. — Véase el número 989).

Solo tuvieron tiempo para llegar á los últimos escalones de la bodega y cerrar la puerta; el populacho habia entrado ya en la casa.

Las bodegas estaban abismadas en profundas tinieblas, y como no llevaban luz alguna, pues se hubieran guardado muy bien de descubrir así el lugar donde se refugiaban, se veian obligados á buscar su camino á tientas.

Pero no tardaron mucho en ver claridad, porque apenas habian andado algunos pasos, oyeron que los amotinados forzaban la puerta de las bóvedas, y lanzando en pos de sí una mirada bajo la bóveda del corredor, pudieron verles precipitándose con antorchas para romper los toneles, abrir los barriles y arrojarlos de bruces para beber en los arroyos de licor que corrían ya por el suelo.

Los dos fugitivos aceleraron el paso, y habian penetrado ya hasta la última bóveda que les separaba de la puerta de escape, cuando de pronto, en la direccion que seguian, una luz viva iluminó sus rostros, y antes de arrojarse á la pared, dar un paso atrás ó buscar un escondite, dos hombres, uno de los cuales llevaba una antorcha, llegaron hasta ellos y exclamaron con júbilo, pero con voz comprimida:

— ¡Aquí están!

Al mismo tiempo arrojaron las barbas postizas con que se habian disfrazado, y M. Haredale se encontró delante de Eduardo Chester, y un momento despues el negociante asombrado tuvo fuerza para abrir la boca y pronunciar el nombre de... José Willet.

En efecto, era José Willet, el mismo José, con un brazo menos sin embargo, que todos los años hacia cada trimestre un viaje en su yegua cenicienta para ir á pagar la cuenta del mercader de vinos y licores, del viejo Tomás Street que en aquel momento le miraba cara á cara y le llamaba por su nombre.

— Dadme la mano, dijo José en voz baja y lo que es mas tomándosela de buen ó mal grado, no tengais miedo de estrechar la mia, porque es vuestra de todo corazon; desgraciadamente no tiene compañera. Ea, no pongais esa cara; ánimo y no desesperéis de salvaros, y vos, señor, añadió dirigiéndose á M. Haredale, no desconfiéis del cielo, que pronto las encontraremos. ¡Animo, señor! Sabed que no hemos perdido el tiempo.

Habia en el lenguaje de José tal expresion de franqueza y de honradez que M. Haredale le estrechó involuntariamente la mano, aunque su encuentro no dejase de serle bastante sospechoso; pero la mirada que lanzó al mismo tiempo á Eduardo Chester y la discrecion con que este jóven se retiró á un lado no se escaparon á la penetracion de José, que dijo con desembarazo mirando tambien á Eduardo:

— Los tiempos han cambiado, señor Haredale, y ha llegado el momento de distinguir á los amigos de los enemigos para no tomar á unos por otros. Permitted que os diga que á no ser por este caballero es muy probable que á estas horas estariais muerto ó al menos gravemente herido.

— ¿Qué queréis decir? le preguntó M. Haredale.

— Digo en primer lugar que era preciso ser muy humilde y condescendiente para ir á confundirse entre la multitud disfrazado como uno de los pilletes mas perdidos. Pero no toquemos este punto, porque tambien yo me hallaba en el mismo caso. Digo en segundo lugar que es una accion noble y gloriosa, al

menos así me parece, haber descargado á aquel tunante un golpe que le ha hecho caer del caballo.

— ¿Qué tunante?

— ¡Qué tunante, señor! dijo José. Un tunante que no os quiere bien y que él solo vale por veinte tunantes ó mas bien por veinte diablos. No le conozco desde hoy. Si no hubiérais salido de esta casa os hubiera encontrado al momento. Los otros no tienen rencor particular contra vos, y como no os vean no pensarán mas que en beber hasta morir. Pero estamos perdiendo el tiempo. ¿Partimos?

— Sí, dijo Eduardo. Apaga la antorcha, José, y rompe la marcha. Sobre todo silencio y prudencia.

— Callaré ó no, murmuró José arrojando la antorcha al suelo y apagándola con el pié al mismo tiempo que cogía á M. Haredale por la mano, pero el caso es igual. La accion ha sido noble y gloriosa; no hay duda.

M. Haredale y el digno negociante estaban muy admirados é inquietos para detenerse en hacer mas preguntas, y siguieron á sus guías en silencio. Únicamente despues de mediar en voz baja algunas palabras entre ellos y el honrado negociante sobre el medio mas seguro de salir de allí, supo que habian entrado por la puerta falsa, merced á la connivencia de Juan Grueby, que estaba de acecho con la llave en el bolsillo y á quien habian confiado su proyecto.

Como precisamente llegaba por aquel lado un grupo de insurgentes en el momento que acababan de entrar, Grueby habia cerrado la puerta y habia ido á buscar soldados para cortar la retirada á aquellos malhechores.

Sin embargo, como habian abierto la puerta principal y aquel grupo impaciente por bajar á las bodegas, no quiso detenerse en perder tiempo abriendo otra, habia dado la vuelta á la casa y entrado por Holborn con los demás, dejando enteramente libre y desierto el callejon sobre el cual daba la parte posterior de la casa. Así pues, cuando M. Haredale y sus compañeros hubieron pasado por la abertura ó respiradero que habia indicado el negociante y consiguieron, no sin alguna dificultad, desatar y levantar la puerta del fondo, salieron á la calle sin ser interrumpidos ni observados por nadie.

José, que no habia soltado la mano de M. Haredale, y Eduardo, que conducia del mismo modo al negociante, se dieron prisa á huir por las calles con precipitado paso, colocándose tan solo á intervalos en la acera para dejar pasar á algunos fugitivos ó para no estorbar la marcha de algunos soldados que avanzaban detras de ellos, cuyas preguntas, cuando se pararon para hacérselas, fueron satisfechas al instante con una respuesta que les dió José en voz baja.

LXVIII.

Mientras ardía Newgate la noche anterior, Bernabé y su padre, despues de pasar de mano en mano al través de la multitud, se pararon en Smithfield detras del populacho para contemplar las llamas como personas que acababan de despertar repentinamente de un profundo sueño. Trascurrieron algunos momentos antes que pudieran conocer en donde estaban y como habian venido, olvidando mientras permanecian allí siendo espectadores inactivos del incendio, que tenian en sus manos herramientas que les habian dado para que ellos mismos se quitaran las cadenas.

Bernabé, aunque estaba encadenado, si hubiera obedecido á su instinto ó hubiera estado solo, lo primero que habria hecho fuera volver sin tardanza á ponerse al lado de Hugo que su limitada inteligencia le representaba en aquel momento lleno de nuevo esplendor y grandeza desde que veia en él su libertador y su amigo mas fiel; pero el terror que causaba á su padre el verse en la calle se comunicó muy pronto á su alma cuando comprendió toda la importancia de estos temores, y les inspiró el mismo afán de ir á buscar á otra parte su salvacion.

Bernabé se arrodilló en el mercado dentro de una cerca que servia para guardar el ganado, y empezó á romper las cadenas de su padre, parándose de vez en cuando para pasarle por la cara una mano cariñosa ó para mirarle sonriendo. Cuando le vió levantarse libre sobre sus piés y se entregó á la alegría que esto le causaba, principió á trabajar por cuenta propia, y no tardaron en caer sus cadenas con estruendo dejando sus miembros ágiles y desembarazados.

Terminada esta tarea, huyeron juntos con precaucion, pasando por delante de los grupos formados en torno de algun miserable para ocultarle de los transeuntes, pero sin poder impedir que se oyese el ruido de los martillos que anunciaba públicamente que estaban ocupados en romper sus cadenas.

Los dos fugitivos se dirigieron hácia Clerkenwell, desde allí pasaron á Islington, por ser la salida mas inmediata de Lóndres, y se encontraron pocos momentos despues en la campaña.

Despues de vagar largo rato de un lado á otro encontraron en un prado cerca de Finchley un miserable cobertizo cuyas paredes eran de tierra y el techo de ramas y bálago; era un albergue destinado para el ganado, pero entonces estaba desierto. Allí se acostaron para pasar la noche.

Vagaron otra vez por todos lados cuando amaneció, y Bernabé llegó solo hasta una aldea situada á dos ó tres millas de distancia para comprar pan y leche.

Pero como no encontraron un albergue mas retirado y seguro, volvieron al mismo sitio y se tendieron en el suelo para esperar la noche.

Solo Dios podria decir con qué vaga idea de deber y de afecto; con qué extraña inspiracion de la naturaleza, tan clara para él como para un hombre que hubiera tenido la inteligencia mas brillante y las facultades mas desarrolladas; con qué confuso recuerdo de los niños en cuyos juegos tomaba parte en su infancia, y que le hablaban siempre de su padre, de lo que le amaban y de lo que él les amaba, y con qué asociaciones de memorias casi borradas del dolor, de las lágrimas y de la viudez de su madre, cuidaba á aquel hombre y con qué ternura velaba por él. Pero por confusas y vagas que fuesen las ideas que habian acudido á conmovérle por grados, á ellas debia el pensar que manifestaba contemplando su rostro pálido y las lágrimas que inundaban sus ojos al bajarse para besarle, el cuidado con que le despertaba con alegría en medio de su llanto, resguardándole del sol, abanicándole con las ramas y calmándole en los estremecimientos de su sueño.

¡Ah! ¡qué sueño tan agitado era el del asesino!

Bernabé se preguntaba si *ella* querria venir pronto á reunirse con ellos para que su dicha fuese completa.

El pobre idiota permaneció sentado al lado de su padre todo el dia con oído atento para escuchar el paso de su madre á cada soplo del aire, buscando en lontananza su sombra sobre la yerba agitada por el viento, haciendo ramos con las flores de los vallados para dárselas á ella cuando llegase y tambien á él cuando se despertara, é inclinándose de vez en cuando para escuchar lo que murmuraba su padre en sus sueños y para admirarse de que no gozase mejor reposo en un lugar tan tranquilo.

El sol desapareció, llegó la noche y le encontró tan apacible y tan animado por estos tiernos pensamientos como si no existieran mas que ellos en el mundo, y como si la densa nube de humo que se veia á lo lejos sobre la inmensa ciudad no ocultase vicios, crímenes, vida, muerte, ni motivo alguno de inquietud... como si fuera únicamente el vacío del aire.

Pero habia llegado por fin la hora en que era preciso que fuese á buscar al ciego; ¡qué dicha para él! y conducirlo allí, teniendo mucho cuidado de que no le espiesen y le siguiesen por el camino. Escuchó con atencion las instrucciones que debia observar; y despues de volver dos ó tres veces para dar una sorpresa á su padre riéndose á carcajadas, acabó por partir formalmente para cumplir su encargo, recomendándole que tuviese cuidado de Gripp que no se habia olvidado de llevarse de la cárcel en sus brazos.

Como era ágil y estaba impaciente por volver, no tardó en llegar á la ciudad. Sin embargo, cuando llegó, los incendios estaban ya en su mayor fuerza é insultaban las tinieblas de la noche con su espantoso brillo.

A su entrada en la ciudad, Lóndres le pareció poblado de una legion de demonios; tal vez procedia este cambio de que no encontraba en las calles á sus antiguos compañeros y no le conducia un proyecto violento, ó tal vez procedia tambien de la belleza de la soledad en que habia pasado el dia ó de los pensamientos de ternura y amor que habia saboreado hasta entonces su alma.

Al ver aquel huir y perseguir y aquella devastacion cruel por medio del fuego y del hierro y al oír aquellos gritos terribles y aquel estruendo atronador, se preguntaba con duda y asombro si podia defenderse de aquel modo la noble causa del bondadoso lord.

A pesar del estupor en que le abismaba aquella escena salvaje encontró sin embargo la casa del ciego. Todas las puertas estaban cerradas y nadie respondia.

Esperó largo rato, pero en vano.

Se alejó por fin de aquel sitio, y como supo precisamente en aquel momento que los soldados acababan de hacer fuego y que debian de haber muerto muchas personas, se dirigió hácia Holborn, donde le dijeron que estaba el grupo mas numeroso. Quería buscar á Hugo para invitarle á que no se expusiera al peligro y se retirara con él.

Si el tumulto le habia causado hasta entonces pesar y repugnancia, su horror llegó al colmo cuando penetró en aquel torbellino del motín y se desplegó ante sus ojos el terrible espectáculo de la lucha.

Por fin vió allí en medio de la turba, dominando desde su caballo á todos los insurgentes, á su amigo Hugo cerca de la casa que atacaban entonces, llamando y animando á todos los demás.

El tumulto que le rodeaba, el calor sofocante, los gritos, los crujidos, todo esto le causaba un profundo dolor. Sin embargo, penetró al través de la multitud, reconocido por muchos que retrocedian vitoreándole para dejarle pasar, y llegó hasta cerca de Hugo en el momento que proferia amenazas salvajes contra alguno, pero la extrema confusion de esta escena no permitia á Bernabé saber contra quién y por qué. Al mismo tiempo la multitud se precipitó en la casa cuya puerta habian hecho pedazos, y Hugo, fué imposible saber cómo, cayó del caballo al suelo.

Bernabé estaba á su lado cuando volvió á ponerse en pié bamboleando y aturdido por la caída. Afortunadamente le llamó por su nombre cuando Hugo levantaba el hacha para partirle la cabeza.

— ¡Bernabé... tú! ¿Cuál es la mano que me ha arrojado al suelo?

— No ha sido la mía.

— ¿Quién ha sido pues? Pregunto que quién ha sido, gritó vacilando y mirando en torno suyo con expresión de furor. ¿En dónde está? Que se presente ese traidor.

— Te has hecho mal, le dijo Bernabé.

En efecto, estaba herido en la cabeza del golpe que había recibido antes de caer y además de una cox del caballo.

— Ven conmigo, Hugo.

Y al mismo tiempo que Bernabé le decía estas palabras, cogió las riendas del caballo y llevó a su amigo á algunos pasos de la casa.

Esto bastó para separarles de la multitud que se precipitaba como un torrente en las bodegas del negociante en vinos y licores.

— ¿En dónde está... en dónde está Dionisio? dijo Hugo parándose de pronto y cogiendo del brazo con fuerza á Bernabé. ¿Dónde ha estado todo el día? ¿Qué quería decir al dejarme ayer noche en la cárcel? Dime... ¿lo sabes?

Y blandiendo su arma peligrosa cayó al suelo tendido como un perro.

Un minuto después, aunque exaltado ya hasta el frenesi por la bebida y por la herida en la cabeza, se arrastró hasta una corriente de aguardiente inflamado que manaba por el arroyo y se puso á beber como si fuera agua.

Bernabé le sacó de allí y le obligó á levantarse.

Aunque no tenía fuerzas para andar ni sostenerse en pie, se dirigió involuntariamente bamboleándose hasta el caballo, montó y se mantuvo firme.

Después de vanos esfuerzos para quitar al animal sus sonoros arneses, Bernabé saltó á la grupa detrás de Hugo, cogió las riendas, se dirigió hacia Leather-Lane que estaba cerca de allí y obligó á dar un galope al caballo aterrado.

Sin embargo, antes de salir de la calle volvió la cara, y vió un espectáculo que no debía borrarse jamás de su memoria, de su pobre memoria de idiota, aunque debiera vivir cien años.

La casa del negociante, así como media docena de casas vecinas, no era más que una inmensa y abrasadora hoguera. Durante toda la noche nadie había tratado de apagar las llamas ó contener su progreso, pero en aquel momento una partida de soldados estaban ocupados con ahínco en derribar dos casas de madera que se veían á cada instante amenazadas por las llamas, y que indudablemente, si llegaban á quemarse, iban á propagar el incendio á toda la manzana de edificios.

El desplomo atronador de las paredes vacilantes y de las enormes vigas; los desaforados gritos de la furiosa multitud; el lejano estruendo de las descargas de otras partidas de soldados; las miradas de desconsuelo y los lamentos de aquellos cuyas habitaciones estaban en peligro; el paso precipitado de las personas aterradas que huían llevándose sus efectos; la reverberación en el firmamento de las llamas de color de sangre que se lanzaban al aire como si hubiese llegado el día del juicio final y estuviese ardiendo todo el universo; el polvo, el humo y los torbellinos de pavesas que inflamaban todos los objetos sobre los cuales caían; las bocanadas de calor sofocante y hediondo que todo lo infectaba; las estrellas, la luna y hasta el cielo eclipsados: todo esto presentaba un espectáculo tan pavoroso de ruina y de terror que se hubiera dicho que el firmamento había desaparecido de pronto, y que la noche con su reposo tranquilo y su luz apacible no volvería jamás á visitar la tierra.

Pero hé aquí otro espectáculo mil veces peor que la llama y el humo y hasta que la rabia insensata y desapiadada de la canalla. Por todas las puertas y hasta por las hendidas de las piedras de la pared brotaban los licores inflamados que, dirigidos por manos activas que les abrían pequeños canales, iban á remansarse en las aceras y formaban una gran balsa donde las personas caían muertas á docenas.

Estaban echados á montones en torno de este lago espantoso maridos y mujeres, padres é hijos, madres é hijas y mujeres con los niños en los brazos ó dándoles de mamar, y bebían allí hasta la muerte.

Mientras unos estaban tendidos boca abajo acercando los labios al borde para no volver á levantar jamás la cabeza, otros se apartaban de un salto de esta bebida de fuego, y se ponían á bailar, ya en los trasportes de un triunfo insensato, ya en la agonía de una sofocación devoradora, hasta que por fin caían bañados sus cadáveres en el licor que los había asesinado.

Pues bien, no era aun esta muerte la más cruel y espantosa que tuvo que deplorarse aquella noche. Desde el fondo de las bodegas inflamadas donde habían bebido en sombreros, en cubos, en cajones, en el hueco de la mano y hasta en zapatos, se sacaron algunos hombres vivos aun, pero que no eran más que una llama de pies á cabeza. En la angustia de sus insuperables padecimientos, ávidos de cuanto á agua se parecía, arrastraban sus cuerpos llagados sobre aquel asqueroso estanque, y arrojaban á derecha é izquierda chispas de fuego líquido que devoraban cuanto tocaban sin excepción de vivos ni de muertos.

En aquella última noche de desorden, porque fué la última, las desventuradas víctimas de una rebelión absurda se convirtieron en ceniza de las llamas que habían encendido y cubrieron con sus carbonizados restos las calles y plazas de Londres.

Bernabé salió corriendo de la ciudad que tales horrores ocultaba con el alma profundamente impregna-

da de este recuerdo terrible que una sola mirada había bastado para revelar en su fuga; y bajando la cabeza para no ver siquiera el resplandor de los incendios en el tranquilo paisaje que ante sus ojos se extendía, llegó muy pronto al camino de la pacífica campiña.

Se paró á una media milla del cobertizo donde estaba tendido su padre, y haciendo comprender con alguna dificultad á Hugo que era preciso bajar allí, arrojó los arneses del caballo en el fondo de una balsa y dejó en libertad al animal que huyó al través de los campos.

Sostuvo entonces á su amigo como mejor pudo y le condujo lentamente hacia su asilo.

LXIX.

Era media noche y las tinieblas muy densas cuando Bernabé se acercó con su vacilante amigo al sitio donde había dejado á su padre; sin embargo, pudo verle ocultándose en la sombra y retirándose con precipitación, porque ni siquiera de su hijo se fiaba. Después de llamarle dos ó tres veces aunque en vano y decirle que podía volver y que nada tenía que temer, dejó caer á Hugo al suelo y corrió en busca de su padre.

El asesino continuó deslizándose furtivamente entre las tinieblas hasta que le alcanzó Bernabé.

Entonces volvió el rostro y le dijo con voz terrible pero ahogada:

— Déjame... No me toques. Se lo has contado todo á tu madre y os habeis puesto de acuerdo para hacerme traición.

Bernabé le miró sin contestarle.

— ¿Has visto á tu madre?

— No, respondió Bernabé con ardor; ¡oh! no; hace mucho tiempo... sí, mucho tiempo. Hace un año al menos que no la he visto. ¿Está aquí?

Su padre le miró fijamente durante algunos segundos, y le dijo después acercándose, porque oyéndole hablar y viendo la expresión de su rostro era imposible dudar de su sinceridad:

— ¿Quién es ese hombre?

— Hugo... es Hugo, mi amigo. No os hará mal alguno. ¿Cómo! ¿tendriais acaso miedo de Hugo? ¡Ja, ja, ja! ¡Tener miedo del pobre Hugo!

— Te pregunto quién es, continuó Rudge con tono tan áspero que Bernabé interrumpió su carcajada y retrocedió algunos pasos mirándole con asombro y terror.

— ¿Qué severo sois! Me haceis temblar como si no fuérais mi padre. ¿Por qué me habláis así?

— Quiero, respondió rechazando la mano que su hijo con ademán tímido apoyaba en su brazo, quiero una respuesta, y en vez de hacerlo te ries y me haces preguntas. ¿Quién es ese hombre que acabas de traer, pobre imbécil, á nuestro asilo? ¿En dónde está el ciego?

— No lo sé; su casa estaba cerrada, y he esperado sin ver salir á nadie. No ha sido culpa mía. En cuanto á este, es Hugo... el buen Hugo que vino á la odiosa cárcel á libertarnos. ¡Ah! decid ahora que no le amais. ¿No es cierto que le amais?

— ¿Por qué está tendido en el suelo?

— Porque se ha caído y ha bebido con exceso. Los campos, los árboles, todo da vueltas, da vueltas, da vueltas en torno suyo y le falta la tierra debajo de los pies. Le conoceis, sí, le conoceis. ¿Quereis que le llame? Venid... miradle.

Habían vuelto en efecto al sitio donde yacía tendido y los dos se inclinaron para verle la cara.

— Sí, me acuerdo de él, murmuró Rudge. ¿Por qué le has traído aquí?

— Porque le hubieran muerto si le hubiese dejado allí. ¡Si hubiérais visto cómo disparaban los soldados y cómo corría la sangre! ¡No os causa horror, padre, ver correr sangre? Sí, sí, lo conozco por la cara que poneis. Lo mismo me sucede á mí... ¿Pero ¿qué estais mirando?

— Nada, dijo el asesino en voz baja después de retroceder dos pasos para mirar con los labios comprimidos y la mirada fija sobre la cabeza de su hijo; nada.

Permaneció en la misma actitud y con la misma expresión en sus facciones durante algunos minutos, y después de dirigir en torno suyo una lenta mirada como si buscara algún objeto perdido, se dirigió estremeciéndose hacia el cobertizo.

— ¿Quereis, padre, que le lleve allí dentro? preguntó Bernabé que había estado en tanto mirándole con atención sin saber explicarse la causa de la inquietud de su padre.

El asesino solo respondió con un gemido ahogado, y se retiró al rincón más oscuro, acostándose en el suelo envuelto en su capa hasta taparse la cabeza.

Viendo Bernabé que no había medio por entonces de despertar á Hugo ó de hacerle volver en sí, le arrastró sobre la yerba y le acostó sobre un montón de paja, del cual se había hecho antes una cama. Entonces fué á buscar á una acequia inmediata un poco de agua para lavarle la herida y limpiarle las manos y la cara, y después se acostó también entre los dos para pasar la noche, y con la cara vuelta hacia las estrellas quedó sumido en profundo sueño.

Habiéndole despertado temprano á la mañana siguiente el brillo del sol, el canto de las aves y el murmullo de los insectos, dejó durmiendo á su padre y á

su amigo en la choza para ir á dar un paseo y respirar el aire apacible y fresco; pero conoció que sus sentidos acosados, abrumados y entorpecidos por las escenas terribles de las noches anteriores se negaban á gozar de las bellezas de la mañana cuya dulzura le había causado siempre un placer infinito.

Pensó en aquellas mañanas felices en que marchaba con sus perros saltando como él al través de las llanuras y los bosques, y este recuerdo le llenó los ojos de lágrimas. No se acusaba, á Dios gracias, de haber hecho el menor mal, y no había cambiado de opinión sobre la justicia de la causa en que se había comprometido ó de los hombres que la defendían, pero estaba en aquel momento lleno de recelos, de pesares y de recuerdos espantosos, y deseaba por primera vez que tal ó cual acontecimiento no hubiera sucedido jamás y se hubiesen evitado á muchas personas tantos pesares y padecimientos.

Principió también á pensar cuán felices serían su padre, su madre, Hugo y él si partieran juntos á vivir á algún paraje solitario, donde no hubieran de temer desórdenes, y que tal vez el ciego, que hablaba del oro como persona que entendía en riquezas y que le había confiado grandes secretos para adquirirlas, podría enseñarles á vivir sin sentir el aguijón del hambre y de las privaciones. Al pensar en esto, se lamentó de no haberle podido ver la noche pasada, y meditaba aun sobre el ciego cuando le tocaron en el hombro.

— ¡Ah! exclamó Bernabé estremeciéndose al salir de su meditación; sois vos.

— Pues ¿quién podría ser?

— Me había figurado que era el ciego. Es necesario, padre, que tenga con él un rato de conversación.

— También yo lo deseo, porque si no le veo no sé adónde huir ni qué hacer, y preferiría la muerte á perder aquí el tiempo. Es preciso que vayas en seguida á verle y que le traigas aquí.

— ¿Será cierto? dijo Bernabé con alegría. Iré con mucho gusto; os lo iba á pedir por favor.

— Pero has de venir con él y no con otro. Aunque tengas que esperar en su puerta durante veinte y cuatro horas, espérale y no vengas sin él.

— No os dé eso cuidado, dijo con alborozo; os le traeré, os le traeré.

— Quitate estos necios adornos, dijo Rudge arrancándole las cintas y las plumas que llevaba en el sombrero, y cúbrete con mi capa. Sobre todo no te entretengas en el camino y no hagas caso de cuanto veas ó escuches. En cuanto á tu vuelta, puedes estar tranquilo, pues ya sabrá él dirigirte hasta aquí con toda seguridad.

— Ya lo creo, dijo Bernabé; es un hombre muy hábil. ¿No es verdad, padre, que es capaz de enseñarnos el medio de hacernos ricos? ¡Oh! le conozco muy bien, le conozco muy bien.

En pocos momentos se disfrazó con la capa de su padre hasta el punto de quedar desconocido.

Al emprender este segundo viaje estaba más animado y alegre, y partió con ligero paso dejando á Hugo aletargado aun por la embriaguez y tendido en la paja, y á su padre paseándose por delante de la choza.

El asesino, entregado á los pensamientos más tristes, le siguió con la mirada, y continuó su paseo, turbado por el menor murmullo de las ramas y por la sombra más ligera que las nubes al pasar arrojaban sobre los prados esmaltados de margaritas. Estaba impaciente por ver volver á su hijo sano y salvo, y sin embargo, aunque su vida y su seguridad dependían de él, no le disgustaba que estuviese lejos de su lado. El sentimiento profundo de egoísmo que le inspiraban sus crímenes, presentes siempre á sus ojos con sus consecuencias actuales ó futuras, absorbía y hacía desaparecer la idea de que Bernabé era su hijo. Aun más, la presencia de este desgraciado era para él una acusación penosa y cruel, pues encontraba en sus ojos extraviados las terribles imágenes de aquella noche criminal. No podía soportar su mirada, su voz, ni su contacto, y sin embargo, se veía obligado, por su desesperada condición y su única probabilidad de salvarse del cadalso, á tenerle á su lado y á reconocer que sin él no era posible librarse de la muerte.

Se paseó, pues, de un lado á otro todo el día mientras cruzaban por su mente estos pensamientos, y Hugo permanecía aun tendido sobre la paja.

Por último, cuando el sol iba á ocultarse volvió Bernabé con el ciego, con el cual había seguido durante el camino una animada conversación.

El asesino salió á su encuentro, y mandando á su hijo que fuera á hablar con Hugo que acababa de ponerse en pie, le reemplazó cerca del ciego y le siguió lentamente hacia el cobertizo.

— ¿Por qué le habeis enviado? dijo Stagg. ¿No sabiais que era el medio de perderle si le hubieran conocido?

— ¿Queriais acaso que fuese yo á buscaros? repuso Rudge.

— No me parece muy prudente. Estaba delante de la cárcel el martes, pero perdí vuestras huellas en medio de la multitud. Ayer se trabajó en grande... sí, en grande, y no dejé de aprovecharme siguiendo el refrán de que á río revuelto, ganancia de pescadores, añadió haciendo sonar el dinero en el bolsillo.

— Habeis...

— ¿Si he visto á vuestra esposa? Sí, la he visto.

— ¿Y nada más teneis que decirme?

(Se continuará.)

LA CAZA, ACTUALIDADES POR CHAM.



Buenos efectos de la ley sobre la caza.



Importunidad. — ¡La licencia, amiguito!



Comida campestre. !



Admirables efectos de las escopetas perfeccionadas.



Los tiros despues de la lluvia. — Pasa una liebre, dispara el cazador y véase lo que la envía.



Torpeza. — Daños y perjuicios por incapacidad de trabajo durante mas de quince dias.



Un cazador-inexperto.



Creo que mi perro está rabioso.

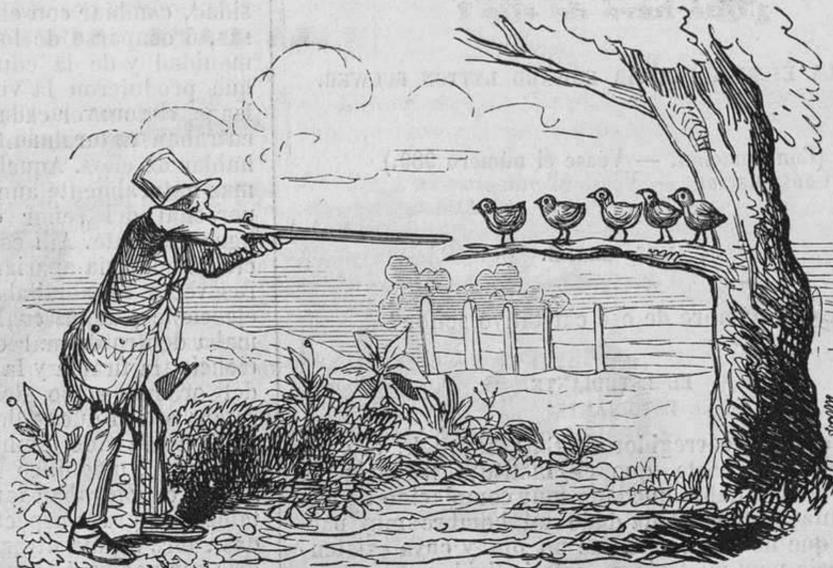


Cazador extraviado.

LA CAZA, ACTUALIDADES POR CHAM.



No hagas á otro lo que no quisieras que te hicieran á tí.



Un tiro aprovechado.



Curso de geología. — Caminata por los sembrados.



Cazador suspendido de sus funciones.



Cazador saliendo de las malezas.



Un cazador bizzo.



Abuso de confianza.



¿Por dónde ha ido mi perro?



Un cazador que ha llegado á viejo.



Un perro sin olfato.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 989.)

MRS. CRANE.

¿Sabeis el nombre de ese caritativo señor?

EL ESTUDIANTE.

M. Hartopp, corregidor de Gatesborough, el cual, referia en su carta que el Instituto literario de aquella ciudad habia quedado muy complacido de una representacion que habia dado un hombre muy particular, que no tenia mas que un ojo y cuya existencia parecia muy misteriosa; este individuo iba acompañado de una niña y un perro, y creo que han de ser los mismos que buscáis.

MRS. CRANE.

¿En Gatesborough? ¿Está muy lejos?

— Un poco; pero aquí encontrareis fácilmente medio de transporte. Creo que el viejo no se habrá separado mucho de la niña; segun parece, se quieren en extremo.

— Es cierto, mucho se quieren; seria una crueldad separarlos. No me atrevo á ofrecer á un caballero de vuestro evidente rango la recompensa que hemos ofrecido, pero podria servir para los pobres de vuestra parroquia...

— ¡Oh! señora, nuestros pobres nada necesitan; mi padre es rico. Pero me creeré suficientemente recompensado si teneis la bondad de escribirme dos líneas cuando encontréis á esas interesantes personas. Mañana marcharé bastante lejos, al castillo de Monfort, en el condado de...

MRS. CRANE.

Lord Monfort, el jefe de la noble familia de Vipont.

EL ESTUDIANTE.

Si conocéis á algun individuo de la familia, señora, y pudiérais informarme de ella, tendria una satisfaccion mayor que...

MRS. CRANE, *vivamente*.

Todos conocen á esa opulenta familia de nombre y de reputacion. Yo no sé mas de ella. ¡Conque vais á casa de lord Monfort! ¿La marquesa es muy bella, segun dicen?

EL ESTUDIANTE.

Y tan buena como bella. Tengo algunas relaciones de parentesco con ella y lord Monfort; ellos son primos y mi abuelo era un Vipont. Pero ya deberia haberlos dicho mi nombre, me llamo Jorge Vipont Morley.

Mrs. Crane hizo un profundo saludo, y con una sonrisa de verdadera satisfaccion dijo, como hablando consigo misma:

— Es pues á un individuo de esa noble familia, á un Vipont, á quien esa querida niña deberá volver otra vez á mis brazos. ¡Dios os bendiga, caballero!

— Espero haber obrado bien, dijo Jorge Vipont Morley, al montar á caballo. Creo haber obrado bien, repitió al encontrarse en el camino real. Temo no haber obrado bien, dijo por tercera vez, cuando la imágen de Mrs. Crane empezó á perseguirle; y cuando al ponerse el sol llegó á su casa cansado lo mismo que su caballo de una larga marcha, y distinguió la verde ribera donde habia sorprendido casualmente las sencillas gracias y la alegre plática del pobre Waife.

— Despues de todo, dijo con tristeza, esto no era de mi incumbencia. Mis intenciones han sido buenas, pero...

Su hermanita le salió corriendo al encuentro.

— Indudablemente he hecho bien, dijo. ¿Cómo habia yo de ver con gusto á mi hermanita, vagando por los campos, y dando representaciones con un perro de aguas en los institutos literarios? He hecho bien; abrázame, Juana.

XVIII.

La escena es otra vez en Gatesborough, la tarde del dia que siguió á la memorable representacion que tuvo lugar en el instituto de aquella ciudad sabia. M. Hartopp está en el gabinete de su casa de comer-

cio, en estas horas dedicadas á los negocios, sufre frecuentes interrupciones por aquellos que creen que en cualquiera ocasion puede dispensárseles su curiosidad, cambiar con ellos palabras mas ó menos ociosas, ú ocuparse de los intereses generales de la humanidad y de la educacion nacional. La excitacion que produjeron la vispera M. Chapman, Sofia y sir Isaac, era mayor cada vez. Los que los habian visto entraban naturalmente en casa del corregidor para hablar de ellos. Aquellos que no los habian visto iban mas naturalmente aun para saber cuál era la opinion personal del señor corregidor. El gabinete estaba lleno de gente. Allí estaba el propietario de un edificio de sombría apariencia llamado *el Teatro*, que raras veces se alquilaba, excepto en la época de las elecciones, en las cuales el candidato popular declamaba dentro de su recinto sobre la libertad y la conciencia, la tiranía y la opresion, tema ordinario, tanto del orador como del escritor dramático. Tambien estaba allí el dueño del Hotel Real, que en otro tiempo lo habia sido tambien del hotel de Conciertos de la ciudad, magnífico local, pero mala especulacion. Allí se encontraban tambien muchas personas respetables, de grave aspecto, que iban á exponer sus dudas sobre si una diversion de tan frívolo carácter podria ser nociva á la moralidad de Gatesborough. Habia además ociosos y comadres que no tenian otro objeto que averiguar de qué familia procedia M. Chapman, con el pretexto de un expediente de representacion, con el encargo expreso de examinarle acerca de su genealogia. El corregidor tenia los ojos fijos en un gran libro y la pluma en la mano. Aquella actitud era una reconvenccion á los importunos, que en otros tiempos hubieran sido mas considerados; pero la dulzura por majestuosa que sea no produce siempre resultados en tiempos de conmociones civiles. En aquella habitacion se notaba un animado murmullo. En todas direcciones se cruzaban frases como si las palabras, habiéndose helado en el aire, hubieran quedado libres por el deshielo, segun la verídica narracion del baron de Munchausen.

PROPIETARIO DEL TEATRO.

El teatro es el...

UN GRAVE GENTLEMAN.

Un lazo que puede atraer á una poblacion morigerada para...

UN APASIONADO.

Un perro de aguas que juega al dominó se asemeja...

UN CRÉDULO CONGETURADOR.

¡Benévolo filántropo, que condesciende en dar una representacion á beneficio de algun hermano desgraciado que!..

EL PROPIETARIO DEL SALON DE CONCIERTOS.

¡Ciento veinte piés de largo y cuarenta de ancho, señor corregidor! No me habléis de ese teatro húmedo: mas valdria hablar de...

La puerta se abre de repente, y apartando á un dependiente que quiere anunciarle, se presenta mister Chapman en persona.

Indudablemente él esperaba encontrar solo al corregidor, porque á la vista de tanta gente se detuvo en el umbral sin proferir una palabra. La concurrencia enmudeció al pronto llena de sorpresa. Pero aquellas buenas gentes recobraron en breve su presencia de espíritu. Para muchos de ellos era un placer acercarse á felicitar al hombre que les habia proporcionado la noche anterior tan agradables emociones. En breve se oyeron cumplimientos, lacónicos pero sinceros, á los cuales iba unida la súplica de que diera otra representacion. El cómico en pié, con el sombrero en la mano, que cepillaba maquinalmente con la manga, decia en voz baja: «Veis ante vosotros un hombre que...» y volviendo su ojo único de un semblante á otro, parecia querer adivinar qué le querian decir ó dónde estaba.

El corregidor se levantó y se acercó á él:

— Mis queridos amigos, dijo con dulzura, M. Chapman acude á una cita. Tal vez tenga que decirme algo confidencialmente.

Los tres graves señores que habian permanecido separados hasta entonces con el grave aspecto de jueces sacudieron solemnemente la cabeza y se retiraron.

Los últimos que salieron fueron los propietarios rivales del teatro y del salon de conciertos. Cada uno de ellos habló al oido al extranjero, el uno por la derecha, el otro por la izquierda. Cada uno de ellos le entregó un papel impreso. Así que se cerró la puerta, el cómico soltó los papeles y dejó caer los brazos con abatimiento. Hartopp le cogió la mano y le hizo sentar en su mismo sillón al lado de la mesa. El cómico cayó sobre aquel sillón sin proferir una palabra.

M. HARTOPP.

¿De qué se trata? ¿Qué ha sucedido?

WAIFFE.

Está mala, muy mala; el médico lo dice, el doctor Gill.

M. HARTOPP, *enternecido*.

¡Está muy enferma vuestra niña! ¡Oh! no: los médicos siempre exageran para que la cura les dé mas crédito. No es esto que yo quiera decir nada en contra de la reputacion del doctor Gill, mi conciudadano, hombre de gran mérito. Pero es costumbre de esos señores afectar indiferencia cuando hay peligro, y tomar un aspecto solemne cuando no hay nada que temer.

WAIFFE.

¿Lo creéis así? ¿Teneis hijos? ¿De la misma edad?

M. HARTOPP.

Sí, y conozco bien á los niños; mejor acaso que Mrs. Hartopp. ¿Qué tiene vuestra niña?

WAIFFE.

El médico dice que tiene una fiebre lenta.

M. HARTOPP.

Causada acaso por una excitacion nerviosa.

WAIFFE, *alzando los ojos*.

Sí, eso es precisamente lo que dice; excitacion nerviosa.

M. HARTOPP.

Los niños dotados de una inteligencia viva, expuestos precozmente á la emulacion y á las emociones están siempre sujetos á ciertas enfermedades. Mi tercera hija Ana Maria, contrajo la misma fiebre por la excitacion nerviosa que produjo en ella el deseo de ganar un premio en el colegio.

WAIFFE.

¿Murió, señor?

M. HARTOPP, *estremeciéndose*.

¡Morir! ¡No! La saqué del colegio, la hice comer ave, suprimí todos los ejercicios de la lengua francesa, que reemplacé por ejercicios de inglés, y la hice pasear á caballo. Ya está completamente trasformada, sus megillas tienen el vivo color de una manzana; ya está muy fuerte.

WAIFFE.

Yo la daré ave, la compraré un donkey. ¡Oh, señor! ¿No creéis que ella debe volar al cielo y dejarme aquí solo?

M. HARTOPP.

No sucederá eso si la dejais quieta y tranquila. Pero sin excitarla, nada de representaciones.

WAIFFE, *echando sobre la mesa el contenido de sus bolsillos*.

¿Quereis contar este dinero, caballero? ¿Creeis que será esto bastante para encontrar alguna linda casa por estos alrededores hasta que se reponga? Verdes campos, á ella le gusta el verdor de los campos, y un corral de aves, aunque hace algunos dias estuvimos alojados en casa de una buena mujer que tenia pollos, y Sofia no pareció fijar en ellos la atencion. Un canario suele ser buen compañero y...

M. HARTOPP, *interrumpiéndole*.

Sí, sí. ¿Pero y vos? ¿Qué hariais?

WAIFFE.

Iria á recorrer el pais con mi perro.

dijo Waife estrechándola contra su cuerpo de hacer, caballero?

— Hizo una señal para que no dijera ante de Sofia; despues replicó, dirigiéndose a la última:

— ¿Os de hacer? Nada haremos que pueda a mi querida niña. Yo no deseo separaros. Echaos bien: voy á arreglarla. ¡Hola! ¿Teneis aquí la linda mu-

ñeca con petulancia, é hizo ceses llaman *une moue* (1) al buen hombre; su abuelo la volvía á reclinar en el sofá. Carácter fuerte, murmuró el corregidor; María, un carácter fuerte.

— ¿Fuese dueño de mi pluma y pudiera escribirme agradara, sin sufrir la violencia tiránica HISTÓRICA, interrumpiría aquí el capí- mi ventana, recorrería con mi mirada los campos, y haría una digresion sobre la belleza moral, que tiene por nombre « buen la musa histórica se ha dormido! » en la ocasion! ¡Chist... silencio!

XXI.

— Está abierta. ¡Cuán instintivamente vaga por la verde campiña! ¡Qué infinita variedad en el pino! ¡Qué variedad en el laurel glorioso! ¡Cuán agradabilidad de matices del joven ramaje de los árboles! Por unos lados, mas oscuro por otros, o ya lento, ya jugueton, agita sus hojas; el alegre verdor de la tierra es el alegre verdor de la vida! ¿Desearia alguno reducir á un solo color esas agradables variedades? ¿Quién colorido puro constante que subsiste en el verde, ó la caprichosa variedad de ese verde que dan brillo las lágrimas de abril, ó el voluptuoso junio?

— El colorido cuyo corazón, en armonía con el verde, se abre á los ojos de su mujer. «No hay colorido, decia el proverbio gentil estando en la calma, ninguna alegría mora donde la paz no habita. La paz, lo mismo que la fe que pueden tener el uno en el otro, y que los poetas han representado bajo la misma forma. Pero en la niñez, en la primera juventud no esperes los cambios de verdor de las hojas. Si quieres distinguir el alegre carácter de la sombría tristeza del frio disimulo, consulta menos el carácter que la disposicion.»

— ¿Es el natural dulce y confiado, libre del mórbido amor propio que se da el nombre de « sensibilidad » y se inquieta por imaginarias ofensas; es la tendencia á mostrarse agradecido á las bondades, que acepta como un beneficio lo que el presuntuoso llama un tributo merecido?

— Tan buenas disposiciones de ánimo, mostrarán siempre un carácter dulce, alegre, espontáneo y franco. Vivo unas veces, lento otras, palabra y mirada proceden del corazón. Pero la cuestion es esta. ¿El corazón es por sí solo generoso y tierno? Si lo es, se reprime con profundo afecto. No puede llamarse buen corazón el que al sentir en una de sus fibras la menor punzada se apresura á exclamar: «yo no soy hipócrita.» Aceptad esa excusa y la venganza podrá ser una virtud. Pero cuando el corazón hace una ofensa, si procura por todos los medios alcanzar el perdón; si ofendido él mismo prescinde de todo por perdonarla, procura atenuar su gravedad, entonces estad seguros de que su nobleza solo necesitará algunos ensayos en cada erupcion, para refinar y corregir su expresion.

— Lo que en la niñez suele llamarse, «mal carácter, mal genio» solo es la poderosa vitalidad que contiene todos los elementos que hacen al fin dulce el carácter. ¿Quién, por sabio que sea, podrá comprender el corazón de un niño? Cada niño, y mas especialmente cada niña, ocuparía toda la atencion de un sabio, tan profundo como Shakspeare, para distinguir sutiles emociones que olvidamos cuando somos hombres.

— Tiene un carácter fuerte, dijo el corregidor cuando Sofia le arrebató por segunda vez la muñeca. ¿Cómo podia comprender M. Hartopp en lo que la niña estimaba aquel juguete para creerlo profanado al contacto de un extraño? ¿podia considerar en la muñeca el símbolo de un recuerdo?

...pero el garante, y ¿cómo... cuyos antecedentes nada le le interesaba. Todos hermanadas personas cierta cosa incomprendible en nes, en el acento. Si cinalgo de nosotros, siempre encuentra alguno á quien dar le asista mas derecho que decir por qué nos agrada un le explicarse por qué amamal ninguna otra persona ha to.

XIX.

M. HARTOPP.

No puedo [permitirme haceros mas preguntas, mister Chapman. Vos teneis bastante conocimiento del mundo para conocer que vuestro silencio me priva de todo medio de seros útil. No hablemos mas de eso.

WAIFE.

Os estoy sumamente reconocido, señor corregidor.

M. HARTOPP.

Por lo que hace á la niña, podeis estar tranquilo. Podrá estar en mi casa de campo. La esposa de mi arrendador es una mujer excelente y podrá cuidarla mientras vos prosigais en esa vida. Ese dinero puede haceros falta, podeis guardároslo; la niña no carecerá de nada. Es preciso que yo la vea. Entiendo algo de medicina, como todo el que tiene una larga familia, y he observado casos de viruelas, sarampion, escarlatina, etc. No brillo en la ciencia de los libros, M. Chapman, pero en cuanto al tratamiento práctico de los males de los niños, añadió Hartopp con cierto orgullo, Mrs. Hartopp dice que mejor me confiaria á mi los niños que al doctor Gill. Iré á ver á la niña y vereis como todo se arregla. Pero ahora que pienso en ello, prosiguió Hartopp suavizándose mas y mas, si es necesario que sigais dando representaciones, ¿por qué no habeis de quedaros algun tiempo en Gatesborough? Mas ganariais aquí que en otra parte.

— No, no, no tendria el valor de estar aquí y representar sin ella. Ahora me parece que no podré representar sin ella. ¡Si se me presentara algun otro medio de hacer suerte! ¡La Providencia es tan buena para mí, señor corregidor!

Waife se dirigió á la puerta.

— ¿Ireis pronto? dijo con ansiedad.

El corregidor, que acababa de cerrar sus libros y arreglar los papeles, respondió:

— Voy á dar algunas órdenes, y dentro de un cuarto de hora estaré en vuestro hotel.

yo, hija mia, y quisieramos proporcionalos algunos dias de distraccion. Las muñecas son muy buenas para el invierno, pero en el verano, lo que hace falta son los verdes campos y los ramilletes de flores.

Sofia miró al corregidor, despues á su abuelo, luego volvió á mirar al corregidor, sacudió los rizos de su cabellera que caian sobre sus ojos y se puso pensativa.

El corregidor, que la observaba con calma, asió su mano y la tentó con su dedo pulgar, como acariciando su cutis delicado. Despues empezó á describir pintorescamente la granja, con su cenador de madreSelva, el corral y las colmenas, el estanque de los patos con su islote cubierto de arbustos. Allí iria Sofia un dia ó dos, y estaria contenta como las abejas, aunque menos atareada.

Sofia escuchaba con mucha atencion, con mucha gravedad; despues, deslizado su mano de la del corregidor, asió con fuerza el brazo de su abuelo y dijo:

— ¿Y á vos tambien os divertirá eso, abuelo? ¿No os parecerá fastidioso?

— Pero, hija mia, respondió Waife, nosotros, sir Isaac y yo, iremos á hacer una expedicion de algunas semanas y...

SOFIA, con vehemencia.

— ¡Ya me lo habia figurado! Ya pensaba yo que de eso se queria hablar. Sin embargo, no queria creerlo. ¿Con que iros vos solo? ¿Y quién cuidará de vos? Yo no tengo necesidad de esos cuidados, vos sois el que los necesitais. Yo estaré ya bien mañana, completamente bien, no temais. Nadie me separará de vos, no, señor. ¡Oh, abuelo, abuelo! ¿Cómo habeis podido pensar en una cosa semejante?

Y se arrojó á su brazo, estrechándole contra su pecho como si la infancia y la vejez no fueran mas que partes de un mismo todo.

— Pero, hija mia, dijo el corregidor, esto es lo mismo que si fuérais al colegio y tuviérais algunos dias de vacaciones. Vuestro padre debe dejaros, es preciso que recorra el pais, esta es su profesion. Si llegarais á caer enferma, pensad cuánto le estorbariais en su viaje. ¿Sabeis, añadió sonriéndose, que empiezo á sospechar que sois algo egoista?

— ¡Egoista! exclamó Waife ofendido.

— ¡Egoista! exclamó Sofia con un desden melancólico que procedia de un sentimiento tan profundo que apenas podrian sondearle ojos humanos. ¡Oh! no, señor. ¿Podreis decir que será para su bien, y no, como yo creo, para el mio, vuestro intento de separarnos? La linda casa de campo y todo lo demás para mí. ¿Y para él? Caminar á pié, siempre á pié, por caminos llenos de polvo, abrasados, ¿no veis que está cojo? ¡Oh! señor, yo lo considero y vos no lo considerais. ¡Egoista! Si no me llevara consigo no advertiriais en él esa alegría que os hace reír. ¿No es así, abuelo? Idos, sois un mal hombre, idos, ó de lo contrario os aborrezco tanto como aborrecia al malvado M. Rugge.

— ¡Rugge! ¿Quién es ese hombre? dijo el corregidor con curiosidad, queriendo deducir algo de aquel indicio.

— ¿Y cómo he de dejarla ahora? dijo Waife cuando salieron los dos del cuarto de Sofia.

— Estoy seguro, dijo el corregidor con gravedad, de que eso es lo que mas le conviene; su pulso indica una gran sensibilidad nerviosa; necesita estar sola. Ahora no es preciso que yo sepa quién sois, M. Chapman. Si queréis permanecer una semana ó dos en mi casa de campo con vuestra nieta, os dejaré en paz y nada os preguntaré.

Waife quedó profundamente conmovido por aquella bondad; pero respondiendo con la misma humildad que el dia que se negó á aceptar la invitacion de Lionel y Vance, dijo:

— No, señor, aunque os doy las gracias humildemente. No, señor, no puede ser. Soy un pobre vagabundo que me he impuesto hace bastantes años la regla de negarme á penetrar en el corazon y en la casa de ningún hombre que ignorando mi pasado pueda sospechar de mí. Donde habito pago hospedaje. ¿No os acordais que me negué á tomar en vuestra casa una taza de té?

El corregidor recordó aquella circunstancia, y se llenó de sorpresa. Waife se apresuró á añadir:

— Pero para mi pobre niña no tengo tantos escrúpulos. Acepto con gratitud el ofrecimiento que la haceis. ¡Ah, señor, ella no se halla bien á mi lado! Pero inútil es hablar de un mal imaginario. ¿Pero de qué estaba yo hablando? ¡Ah! os decia que iré con ella á la casa de campo mañana ó pasado mañana, cuando ella esté en disposicion de ir, y pasaré el dia con ella, y la engañaré, sí, la engañaré. Pensará que yo voy á estar allí con ella, y por la noche cuando esté dormida me escaparé con el perro. Pero os dejaré una carta para ella, ella se calmará, tendrá paciencia y esperará, y á los ocho dias iré á verla, y volveré todas las semanas, hasta que esté buena.

— ¿Y qué hareis?

— No sé, dijo el actor procurando sonreirse, pero no tengais cuidado, que no me moriré de hambre.

El corregidor se dirigió en seguida á la casa de campo, para que se preparasen allí á recibir á los huéspedes.

— Muy bueno es que ese pobre hombre vaya allá algunos dias, decia entre sí el corregidor. Yo concebiré algun buen plan para hacer algo por él. En la aldea de Morley se necesita un maestro de escuela. El anciano Morley me escribe encargándome que le busque uno lo mas pronto posible. ¡Buen sueldo, linda casa! Pero para ese empleo un hombre cuyos antecedentes se ignoran... ¡Imposible! Si hubiera algun destino á propósito para el cual no fuera necesario buenos informes; pero en Inglaterra no hay ninguno de esa clase. Si yo pudiera proporcionarle una especulacion, ¿una tiendecita? ¿Qué diria Williams? ¡Si ese hombre que tanta confianza me inspira fuese un bribon!...

(Se continuará.)



Medalla

REGALADA Á SIR RICARDO WALLACE, POR LA ALCALDÍA DEL IX DISTRITO DE PARIS.

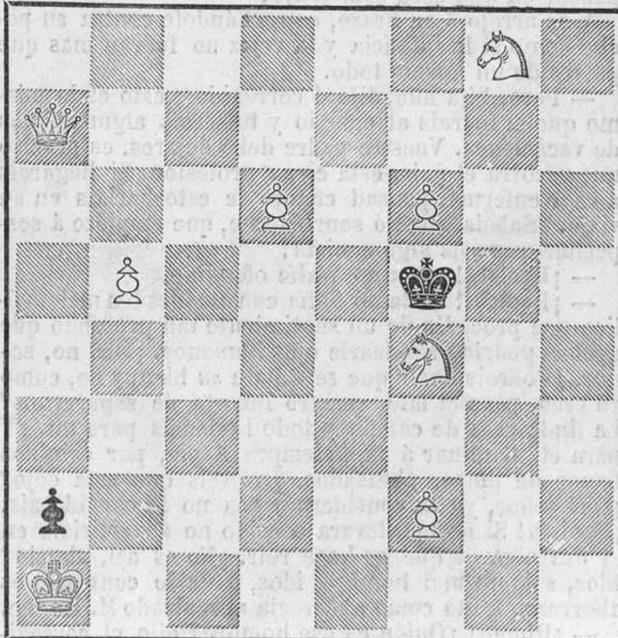
Medalla regalada á sir Ricardo Wallace, por la alcaldía del IX distrito de Paris.

Ricardo Wallace es un nombre que nunca saldrá de la memoria del pueblo parisiense, porque jamás podrá olvidarse su generosidad con los pobres y los heridos en los dias de prueba por que ha pasado la capital de la Francia. Por esta razon la alcaldía del IX distrito, sobre el cual se extendió mas particularmente su mano benéfica, ha hecho acuñar en su honor la medalla que representamos en esta página y se la ha ofrecido en testimonio de su profunda gratitud, en tanto que el presidente de la República le nombra-ba comendador de la Legion de Honor.

Problema de ajedrez. (1)

PROBLEMA NÚMERO 351, POR M.***

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

(1) Solucion del número 350.

- 1 Ra 8ª AR jaque. R 8ª R
- 2 Ra 6ª Ra R 7ª ú 8ª A
- 3 Ra 4ª AR jaque. R 8ª R
- 4 Ra 4ª Ra R 8ª AR
- 5 Ra c. CR jaque-mate.

Los Editores-Propietarios responsables :

X. DE LASSALLE y MÉLAN

Paris.— Tipografia de J. Best, 15, rue des Missions.